

Las brujas





SILVER KANE

SS SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

LAS BRUJAS

Colección SERVICIO SECRETO n.º 945
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 26.157 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1968

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

INTRODUCCIÓN

Las manos tomaron el libro y lo abrieron cuidadosamente, con una especie de religioso temor.

El libro había sido impreso trescientos años atrás, mediante moldes de madera. Las letras eran claras, límpidas, con esa perfección propia del trabajo hecho a mano. Pero se desprendía de ellas uno no sé qué siniestro, que quizá era debido a los grabados, también impresos con planchas de madera, y en los que sólo se veía gente que moría.

El volumen estaba encuadernado en pergamino blanco, muy bien conservado para el elevado número de años que ya tenía.

Las manos alisaron la primera página:

> «Impreso en Ámsterdam por maese Laurentius Honemann, con licencia expresa del reverendo Hans Contor. Año del Señor de 1650».

Encima, en letras rojas, estaba escrito el título:

«PROCESO Y MUERTE DE LAS BRUJAS LAGERLOFF Y GUNTAR»

Los dedos pasaron nerviosamente aquella página. Unos ojos inquietos, ávidos, siguieron leyendo. Docenas de líneas hablaban de la ascendencia de las dos presuntas brujas, de sus supuestas complicidades con el diablo —al que se conocía con el nombre de «El Malo», para evitar mencionarlo directamente—, de los «ciudadanos honrados» que las habían denunciado y de las pruebas en que éstos se apoyaban. Eran párrafos apretados, largos, monótonos. El libro, escrito en latín, resultaba un poco fatigoso para la persona que lo tenía entre las manos, pese a entender perfectamente aquel viejo idioma.

Por eso pasó varias páginas más. Y se detuvo en las líneas que hablaban ya directamente del proceso y muerte de la «bruja». Guntar.

En el norte de Alemania, en Holanda, en Dinamarca, los luteranos, cargados de supersticiones, creyendo ver en cada suceso una intervención del diablo o de la ira divina, atribuyendo las muertes repentinas a maleficios y los pecados simplemente humanos a la intervención de poderes malignos, hacían recaer la culpa de todo sobre presuntas brujas, sobre personas de las que se había apoderado el diablo y que encamaban la personificación del Mal.

Guntar había sido una de ellas.

Guntar, de cincuenta años, había sido quemada en Ámsterdam en 1649. Y el viejo libro explicaba por qué:

> «Una vez detenida, fue llevada ante el reverendo Branden, quien la hizo poner de rodillas ante él. Y el reverendo Branden, en nombre de Lutero, le exhortó a que dijese la verdad y a que reconociese sus culpas.
>
> »Guntar se negó.
>
> »Guntar afirmó que ella no era bruja y no había tenido ninguna clase de contactos con el diablo.
>
> »El reverendo Branden la instó por tres veces a que dijera la verdad y salvase así su alma, ya que había sido denunciada por personas honradas y que no podían haber mentido. Le pidió que confesara su intervención en la muerte del burgomaestre de Leyden y de sus dos jóvenes hijos, cuyas muertes había conseguido, sin duda, mediante el empleo de poderes diabólicos.
>
> »Guntar siguió negándose.
>
> »Cuando se le dijo que sería interrogada de nuevo, ahora en presencia de todo el tribunal, se puso a lanzar gritos y terribles amenazas contra el reverendo Branden, lo cual probaba que el demonio la había poseído, pues de otro modo no se hubiera atrevido a tanto. Al fin se desmayó, presa de convulsiones, y el reverendo Branden dijo que aquello era epilepsia, lo cual también probaba su culpabilidad, pues todos los epilépticos, como bien se sabe, están poseídos por el

diablo.

»De ese modo Guntar fue conducida un día más tarde ante el tribunal en pleno, que se había reunido en los sótanos de la cárcel. Todo él estaba formado por personas justas y prudentes, las cuales juraron explicar lo que allí vieren y oyeren. Por última vez se pidió a Guntar que confesara sus pecados y sus contactos con "El Malo" antes de ser sometida a tormento, pero ella se negó. Entonces el reverendo Branden dio orden de que se la torturase, pero sólo en primer grado.

»Se le pusieron grilletes en las muñecas, teniendo las manos unidas a la espalda, y esos grilletes se engancharon a una cuerda que podía ser izada por medio de una polea. Dos hombres la manejaban y hacían subir poco a poco la cuerda.

»De ese modo los brazos de Guntar, que estaba tendida de bruces sobre una mesa, eran elevados hacia arriba, en posición invertida a la que normalmente debieron tener. Cuando los huesos empezaron a crujir, amenazando los brazos con romperse, Guntar se desmayó. Se esperó a que recobrara el conocimiento y se le volvió a exhortar para que hablara de sus contactos con el diablo, limpiando así su alma.

»Ella se negó tres veces, lo cual fue escrito también tres veces en el libro del tribunal.

»Sometida al tormento de nuevo, y tras haber vuelto a perder el conocimiento, confesó al fin la terrible verdad: que el diablo se le había aparecido seis veces, y que a la sexta ella le vendió su alma. Que a cambio de ello le concedió infernales poderes, entre los que figuraban el hacer perder su virtud a las doncellas y atribuir la muerte a los inocentes, entre los que figuraron el burgomaestre de Leyden y sus dos jóvenes hijos.

»Un hecho increíble, y que probaba una vez más la intervención de "El Malo" en todo aquello, ocurrió entonces. Y fue que uno de los ayudantes del tribunal, el cual estudiaba medicina en Bruselas, estando allí de

permiso, se levantó y se puso a gritar que el burgomaestre de Leyden y sus dos hijos habían muerto a causa de la peste, no por ninguna brujería, y que lo que había que hacer era quemar la casa y los muebles, para que la epidemia no se extendiera, en lugar de quemar a una mujer que ni siquiera sabía de qué hablaba, y que por descontado era inocente.

»El más vivo estupor se adueñó de los honrados y honestos ciudadanos que formaban el tribunal, los cuales pudieron darse cuenta con horror, de que los poderes de "El Malo" había llegado hasta allí mismo y amenazaban con apoderarse de sus propias almas. Entonces el reverendo Braden ordenó que el estudiante fuera detenido allí mismo también, y que sus palabras fueran consideradas como prueba de estar sometido a poderes malignos. Hecho esto, todos firmaron el relato de lo que habían visto y oído. Y todos juraron que la confesión de Guntar había sido obtenida libremente.

»Se exhortó a la bruja —pues ahora ya se la podía llamar así—, para que denunciara a otras de su calaña o especie, pues sabido es que las brujas raramente actúan solas, y que en las noches de luna se reúnen para honrar a "El Malo", estableciendo entre ellas un tumo de jerarquía. Pero Guntar dijo que no conocía a ninguna más y que nunca había asistido a tales reuniones. Entonces el reverendo Branden ordenó que fuera sometida otra vez el tormento para arrancarle aquella nueva confesión, pero la bruja se desmayó al segundo intento, por lo cual se esperó a que se recuperara y luego fue conducida en procesión a su celda.

»Al día siguiente, el reverendo Branden la exhortó para que limpiara su alma de culpa, pero ella se negó a hablar.

»Al mismo tiempo, un coro de seis niños inocentes empezaron a ensayar la canción que se entonaría cuando la bruja fuera quemada, ensayos en los cuales ocuparon seis días más.

»Durante todo ese tiempo, la Guntar permaneció en su celda, negándose a hacer nuevas confesiones que la purificaran, pese a que el reverendo la visitó a diario, exhortándola con tal fin. Lo único que pidió fue clemencia, lo cual no fue tenido en cuenta, ya que era “El Malo” quién hablaba por su boca.

»Por fin, al séptimo día después de la confesión, y habiendo reunido los ciudadanos honrados de Ámsterdam una monumental pira de leña, se ordenó que Guntar fuera quemada en expiación de sus pecados y para destruirla no a ella, sino a los poderes malignos que se albergaban en su cuerpo.

»En procesión, y acompañada por cánticos, fue llevada a la plaza donde ya estaba la pira.

»Guntar volvió a pedir entonces clemencia, a voz en grito, mientras la leña recibía el fuego por primera vez. Pero no debía ser arrojada aún a la pira pues sabido es que los condenados no van a ella cuando hay llamas, sino cuando sólo quedan los rescoldos, ya que de otro modo su muerte y su purificación serían demasiado rápidas.

»En la plaza reinaba un gran silencio, sólo roto por los llantos de la bruja.

»Entonces se la ató a una escalera, tarea que resultó muy difícil, pues los poderes malignos que había en ella trataban de defenderse y le hacían mover los brazos frenéticamente, gritar y morder. Y todo eso sucedía porque Guntar, antes de morir, no había querido purificar su alma.

»Cuando en la pira sólo quedaron rescoldos, los niños inocentes fueron conducidos ante ella y se les hizo cantar el “Dies Irae”, especialmente compuesto para ser interpretado antes de la muerte de las brujas. El tribunal constató con satisfacción que sus voces eran dulces y daban la debida solemnidad al momento.

»El reverendo Branden hizo entonces la primera señal, y la escalera fue alzada por cuatro hombres justos, estando Guntar atada en la parte más alta de

ella.

»El reverendo Branden hizo entonces la segunda señal, y la escalera fue inclinada poco a poco sobre los rescoldos, entre los alaridos de la bruja.

»El reverendo Branden hizo entonces la tercera señal, y la parte baja de la escalera fue soltada por los cuatro hombres justos, con lo cual la parte alta, debido al peso de la bruja, cayó hacia adelante.

»El cuerpo de Guntar se hundió entre las pavesas, haciendo que algunas de ellas saltaran en todas direcciones. Puede decirse que desapareció entre ellas, con lo cual hubiera debido morir pronto, pero los espíritus del mal se negaban a abandonarla aún, y durante un tiempo todavía se oyeron sus terribles alaridos que llenaban la plaza. Una mujer que estaba encinta se desmayó y perdió el fruto de su vientre, lo cual fue tomado como una prueba más de lo inmensos que eran los poderes satánicos de Guntar, que hasta incluso en el momento de perecer atacaban a víctimas inocentes.

»Luego la multitud de disolvió poco a poco, pero aún fueron varios los que esperaron a que el fuego se extinguiera por completo, para sacar de allí los huesos de la bruja y sepultarlos en lo más hondo de las entrañas de la tierra.

»El sol resplandecía y hacía un magnífico día de primavera.

»Y así, en ese día tan hermoso, la bruja Guntar fue debida y legalmente quemada».

Las manos cerraron el libro.

Un estremecimiento leve, pero intenso, las había recorrido.

El texto, impreso en Ámsterdam más de tres siglos antes, decía la verdad, nada más que la verdad. Decía algo que efectivamente había sucedido.

Claro que ahora Ámsterdam había cambiado mucho. Y la mentalidad de las gentes, por fortuna, también.

Los ojos se apartaron del libro encuadernado en pergamino. Fueron hacia una ventana desde la que se divisaba uno de los

paisajes más maravillosos del mundo, el Duomo, el Puente Viejo y la torre del palacio de la Signoria, dónde está el ayuntamiento de Florencia.

Los dedos se movieron entonces en otra dirección.

Pulsaron un resorte en un aparato que estaba sobre una mesa, junto a una botella de licor.

Y se oyó una alegre música de *jazz* que llenaba el aire.

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando dejé mi despacho de detective privado para dedicarme al periodismo, creí que iba a vivir realmente bien. Que cobraría con puntualidad y que dejaría de tener que perseguir a malhechores de tres al cuarto. Pensé que sería respetado y podría dejar de pelearme diariamente con la policía.

Pero no. No era así.

A causa de que la cajera del periódico no sé qué amistad tenía con el jefe, y lo mismo le daba pagar el día uno que el diez. Me enrolaron en la sección de sucesos y en ella también figuraban los divorcios y líos conyugales. Y como cada día había de pasar por los diversos Precintos de policía a ver qué había ocurrido, los sargentos de guardia seguían pidiendo mi cabeza a gritos en cuanto me veían por allí.

Total, un desengaño.

Tampoco me enviaban a largos y maravillosos viajes de esos que hacen soñar a la gente con el periodismo. «Enviado especial». «Gran reporter internacional». Todo eso sonaba muy bien, pero no era cierto. El único sitio a dónde me enviaban especialmente alguna vez era al depósito de cadáveres, y el único reportaje «internacional» que hice se debió a que uno de los cadáveres era el de una sueca.

Hasta que al fin se presentó mi oportunidad. La cajera, que además de cajera, era un experto fotógrafo, tenía que hacer un gran reportaje en color de dos ciudades europeas para un suplemento del diario. Estaba previsto que el jefe la acompañara, porque ella era una chica joven y había que velar por su moralidad, no fuera que se descarriase. Pero por aquellos días al jefe no sé lo que le pasó con su mujer (o sí que lo sé, perdonen), porque ella no era tonta y se olió el truco. Total, que el jefe se vio obligado a decir y a jurar: «¡Pero si yo no tengo nada que ver con esa chica! ¡Y para demostrártelo la voy a enviar a Italia con el más idiota de la

redacción!».

Resultó que el más idiota era yo.

Cuando en el sitio donde uno trabaja tienen buen concepto de uno, todo son gangas.

El jefe me recibió a la mañana siguiente en su despacho. Tenía una cabeza de tigre disecada allí, pero la suya —que por desgracia aún no estaba disecada—, resultaba más fea aún. Lanzó dos o tres rugidos y luego me soltó que iba a ir a Italia con la señorita Lindsay para hacer dos reportajes literarios de dos ciudades: Florencia y Pisa. Ella haría las fotografías, que es lo que interesa a la gente, de modo que estaba bien claro que mi tarea era secundaria.

Me soltó también que no suspendía aquel reportaje porque ya estaba anunciado en las páginas especiales del periódico, pero que tuviera mucho cuidado con dos cosas: primera, gastar sólo lo necesario para regresar vivo a los Estados Unidos; segundo, no mirar a la señorita Lindsay a menos de diez yardas de distancia.

—Estarán fuera quince días —declaró—. Aquí están los billetes de avión y las reservas de los hoteles.

—Pero durante esos quince días llegarán las fechas de final de mes —me atreví a sugerir—, y la cajera estará ausente. ¿Cuándo cobrarán mis compañeros?

—Cuando la señorita Lindsay vuelva —dijo solemnemente—. Además, ¿a qué viene todo eso? ¿Es que va a crearme usted conflictos laborales? ¡Me está resultando usted un comunista, Barton!

Y así me despidió.

Fue de eso modo como conseguí —al cabo de un año de trabajar en el periódico—, mi primer viaje. Reconozco que valía la pena. Bueno, eso pensaba al principio, cuando subí al avión. Cuando aún no había conocido a Lorena, a Marta y el misterio obsesionante, angustioso, que llegó a envolver sus vidas.

Todos ustedes saben, sin duda, que los grandes aviones trasatlánticos de pasajeros suelen ser, hoy por hoy, del tipo
DC-8
o Douglas 727. Y que tienen dos clases: una primera y otra turística. De los dos billetes que me largó el jefe había uno de una clase y otro de la otra.

¿Adivinan quién viajó en primera?

Dijo no sé qué filósofo chino que una imagen vale más que mil palabras, con lo cual nos dejó secos a todos los que escribimos; porque al de las mil palabras, es decir a mí, por poco me meten en el furgón de equipajes, mientras que a la de las imágenes, la señorita Lindsay, la atendieron dos azafatas y dos azafatos, además del jefe de vuelo, que puso el piloto automático y se estuvo con ella medio viaje.

Yo no sé si ustedes conocerán Florencia; en todo caso se la recomiendo sin reservas. Es una ciudad ni demasiado grande ni demasiado pequeña, con un buen gusto que se manifiesta hasta en los más humildes escaparates y en el enlosado de las calles, cuyas piedras son labradas a mano; una ciudad detrás de cada una de cuyas esquinas hay motivos para la admiración y el asombro, y un lugar, en fin, donde las mujeres de ojos claros y soberana figura, tienen fama de ser las más bonitas de Italia.

Cuando dejamos el avión cerca de Pisa y llegamos a Florencia, resultó que el tigre del jefe nos había reservado plaza en un hotel más bien modesto, para no gastar demasiado. Era el Castri, en la *Piazza* de l'Independenza, cerca de la Vía Nazionale. El Castri es un hotel limpio y bastante acogedor, pero de segunda clase, y está ubicado en un viejo palacio. Tiene incluso esas coquetonas persianas regulables que permiten ver la calle sin ser visto. En las habitaciones hay muebles más bien oscuros, lo que está contrastado por la abundancia de espejos.

Naturalmente, la señorita Lindsay y yo teníamos habitaciones separadas. Incluso estábamos en pisos distintos, para que si yo quería llegar a su habitación por la noche, hubiera de hacerlo subiendo por una cuerda.

Ella, cuando nos estaban instalando, entró un momento en mi habitación y se sentó en la cama.

Un espejo que tenía detrás recogía su figura. Y yo sentí que se me enturbiaban los ojos.

Perdonen, aún no les he hablado apenas de la señorita Lindsay.

Suele equivocarse a favor de la casa cuando paga los jornales, y la gente no se da cuenta, con lo cual está dicho todo. Tiene una estatura más que regular, unas piernas largas y torneadas, de las que hacen lanzar rugidos a favor de la minifalda; unas rodillas

perfectas, un busto agresivo (exactamente lo que se quiere decir con ello es que daban ganas de agredirla), unos labios pulposos y unos ojos rasgados. Tiene, además, veinticuatro años y el suficiente dinero para vestir bien. Siempre me he preguntado cómo demonios fue a caer en manos del tigre del jefe, que es tripudo y calvo. Pero ésos son misterios de los que uno se muere sin haber llegado a resolver. Y mientras uno piensa en ellos, el tripudo y calvo va haciendo.

Mónica Lindsay, pues, se sentó en la cama, cruzó bien las piernas, para que yo viese que sus medias eran de primera calidad, así como lo que había dentro de ellas. Y me miró con dureza.

—No sé lo que piensa, Barton, pero si lo que usted piensa es lo que estoy pensando yo, le advierto que no hay nada que hacer.

—Lo daba por descontado, Mónica.

—Yo soy una chica honorable.

—Sí, claro.

—Mis relaciones con el jefe son puramente comerciales. Yo administro su dinero.

—Me parece una gran idea.

—Él es como un padre para mí.

—Y al acostarse le da un beso.

—Sí, pero de éstos.

Se levantó y me besó en la frente. Yo no sabía qué decir.

Ella seguía mirándome con dureza.

—Usted creía que eran de estos otros, ¿verdad? —me preguntó.

Y, enroscándome los brazos al cuello, me besó. Confieso que Mónica —perdón, la señorita Lindsay—, resultó ser un vampiro.

—Pues no, no son de éstos. Se ha equivocado, Barton.

Y se quedó tranquila.

Mientras se dirigía a la puerta añadió, ahora con indiferencia:

—Hoy daremos unas vueltas de orientación por la ciudad. Mañana, si hace buen tiempo, iniciaremos el trabajo.

Estaba nublado.

Florencia tiene fama de ser una ciudad con sol luminoso y cielo siempre azul, pero esta vez la suerte no nos acompañó. El tiempo estaba encapotado y gris. Una neblina fría bajaba por el Amo, el río que ve más maravillas de Italia entera. Los objetos habían perdido su relieve. Cualquier foto hubiera quedado inexpresiva con aquella

luz.

Mónica se puso de malhumor. Dijo que así íbamos a perder el tiempo.

—Quizá mañana luzca el sol —insinué.

—Sí, tal vez sí. Mientras tanto, voy a dedicarme a visitar los museos y dormir en mi habitación. Pero oiga, Barton.

—Diga, señorita Lindsay.

—No lo intente.

—¿El qué, señorita Lindsay?

—Váyase al diablo.

Me fui a las orillas del Arno, que no son lo mismo. Las tiendas del Puente Viejo, todas ellas vendiendo orfebrería en oro y plata son un recreo para la vista, aunque uno no pueda gastar dinero. El Arno se deslizaba quieto y casi transparente —cosa rara, porque es más bien un río sucio—, por entre la neblina baja. De las montañas del Este, de los Apeninos, llegaban unas ráfagas de viento extrañamente heladas.

Me refugié en un café que hay cerca del puente, y cuyo nombre no puedo recordar exactamente ahora porque los acontecimientos me lo hicieron olvidar. Había una pequeña barra a mano izquierda y unas mesitas al fondo. En aquel momento no se encontraba ante ellas más que una sola persona.

Así fue como conocí a Marta, o mejor dicho las piernas de Marta.

Los hombres somos unos malintencionados… Siempre nos fijamos «desinteresadamente» en lo mismo. Si en los primeros cinco minutos me hubiesen preguntado qué cara tenía Marta, no hubiera sabido describirla. En cambio habría sido capaz de detallar cada relieve, cada turgencia, cada curva de sus piernas inigualables. Hasta las de la señorita Lindsay parecían modestas al lado de las suyas, quizá porque las mujeres americanas no suelen tener la refinada gracia de las europeas. Ella estaba sentada descuidadamente y bebía a sorbitos un café con leche, corto, lo que en el país llaman un «capuchino». Tenía la mirada perdida, y a su lado, en el suelo, había una gran maleta.

Seguramente acababa de llegar de viaje. Claro que la estación se halla muy lejos del Puente Viejo, y debía sentirse muy cansada si había acarreado aquella maleta hasta allí. Encendió un cigarrillo y

no me miró una sola vez.

Un par de «*hippies*» vinieron luego y se sentaron entre nosotros dos. Él llevaba unas melenas muy largas y ella el cabello muy cortito. Él usaba unas prendas muy ligeras, mientras que la chica estaba materialmente acorazada por chaquetones de piel y pantalones de pana. Se pusieron a acariciarse las caras y a repartirse por mitad un café.

Marta —entonces yo aún no sabía que se llamaba así—, se puso en pie al cabo de unos minutos y salió arrastrando la pesada maleta. El café era muy agradable y tenía «ambiente». Me había sentido inmerso, sólo al entrar allí, en el espíritu de la vieja Europa. Pero cuando vi que marchaba ella, sentí ganas de marchar también.

—Permítame.

Ella me miró con sorpresa. Tenía los ojos claros, los ojos más claros y más limpios que yo había visto jamás. Llevaba un vestido de punto que se amoldaba maravillosamente a sus curvas. Dejó que yo sostuviera la pesada maleta.

Mi italiano, bastante defectuoso, le arrancó una sonrisa.

—¿Viene usted desde la estación? —le pregunté.

—Sí.

—Está lejos…

—Sí.

—No es usted muy habladora… Bien, dígame dónde quiere que la acompañe. Yo le llevaré esto.

—Hay que atravesar el puente. Vivo cerca de los jardines de Miguel Ángel.

Había aceptado mi ayuda, y al parecer ya nada más tenía que decirme. Atravesamos el puente sobre el que se insinuaban unos tímidos rayos de sol. Doblamos hacia la izquierda, siguiendo la línea del río. Los jardines de Miguel Ángel, desde los que se domina la mejor perspectiva de Florencia, quedaban a la derecha y bastante lejos. A pesar de que no me tengo por un alfeñique, hube de cambiar la maleta de mano varias veces.

Nos detuvimos al fin ante un viejo palacio que debía tener unos doscientos años. Era hermoso, pero debía resultar muy costoso mantenerlo limpio y en buena forma. Sobre la puerta campeaba un escudo nobiliario.

Dejé la maleta en el suelo y me froté las manos.

—¿Vive usted aquí?

—Sí.

—Hasta ahora, usted demuestra que no sabe decir más que «sí». Voy a hacer una prueba: ¿quiere usted venir conmigo a mi habitación del hotel?

—No.

Los dos nos echamos a reír.

Marta tenía, cuando le daba la gana, una risa sana y alegre que le llenaba de optimismo a uno.

—Yo nací en esta casa —murmuró—. Es de mi propiedad.

—Entonces debe tener un título nobiliario y todo.

—Cierto. Me llamo Marta de Verona. Mi familia es una de las más antiguas y nobles de esta comarca. No como los Médicis, claro, pero sí muy ilustre. En esas condiciones le extrañará que yo no haya tenido dinero ni para pagarme un taxi hasta aquí.

—No se lo he preguntado —dije—. He supuesto que le gustaba andar.

Ella rió silenciosamente.

—Entre —dijo—. Lo menos que puedo hacer es invitarle a beber algo en premio a su discreción. Supongo que en algún sitio quedará alguna botella. El honor y el vino son las dos últimas cosas de que las viejas familias se desprenden, quizá porque aquí nadie paga gran cosa por ellas.

Extrajo una llave y abrió. Nos recibió un vaho de humedad, de casa cerrada y vieja. No obstante lo que veían mis ojos era seductor. La casa parecía un museo. Había piezas magníficas, lo mismo en muebles que en lámparas y adornos. A un americano acostumbrado a lo frió funcional, todo aquello había de maravillarle por fuerza. Me dije a mí mismo que el contenido de aquella casa valía una auténtica fortuna.

—¿Todo es suyo? —murmuré.

—Sí.

—Pues entonces es ahora cuando no me explico lo del taxi.

—No puedo disponer de esto, es decir no puedo venderlo —susurró Marta—. En el testamento donde fui nombrada heredera, se me prohíbe que disponga de lo que usted ve. Y una no puede comerse los viejos muebles y los cuadros de buenas firmas. Parte de lo que gano con mi trabajo, además, se va en los cuidados que la

casa necesita. Aquí una pared que se agrieta, allí una techumbre que se desploma… Es una ruina.

—¿De qué trabaja, Marta?

—Soy conservadora en la Galería de los Ufizzi.

—¿Conservadora? ¿Qué es eso?

—Restauro los cuadros y procuro que conserven su valor original. Es un oficio difícil, pero con el que no se gana excesivo dinero.

Abrió un artístico mueble bar y extrajo de él una botella cubierta de polvo. La limpió y la abrió. Era un viejísimo «Chianti», un vino de los que hacen sentirse optimista a un muerto. Brindamos y bebimos en silencio.

—¿Viene de un viaje de vacaciones? —pregunté después.

—No es exactamente eso. El museo del Louvre solicitó una experta que conociera muy bien la vieja pintura italiana, para restaurar unos cuadros de Giotto. Me enviaron a mí, y he estado trabajando en París durante un mes.

Me sirvió un poco más de «Chianti».

—Como esos trabajos los paga el Estado —dijo riendo—, aún no he cobrado nada. Hace falta que lo pongan en el presupuesto, o no sé qué. Ésa es la razón de que ahora esté prácticamente en quiebra. Pero he llegado a casa, qué es lo importante; ahora todo volverá a ser normal.

—¿Vive sola?

—Desde luego.

—Es extraño. No comprendo cómo puede con todo esto.

—Me he acostumbrado, y además me gusta la soledad. Bien… Gracias por su amabilidad, señor…

—Barton. Me llamo Barton y soy periodista en Nueva York. No crea por eso que nado en dólares. Me hospedo en el Castri y tengo mis gastos tasados, pero puedo invitarla a comer. Con buena intención —añadí rápidamente, levantando la mano derecha, como cuando se jura ante los tribunales.

Marta volvió a reír.

Su risa me parecía más sana que nunca, y su boca más jugosa. También me parecía estupendo todo lo demás, y espero que el lector sabrá disculparme si no lo detallo. Lo hago con la buena intención de no marearle.

—Acepto —dijo—, pero siempre y cuando no se gaste conmigo más allá de dos mil liras.

—Lo procuraré.

Fuimos a parar a un restaurante de los varios que hay en la *Piazza* de la Signoria y sus inmediaciones. Comimos y charlamos alegremente de cosas sin importancia. Luego nos despedimos. Marta consideraba normal que nuestra amistad terminara allí. Me dio la mano y me dijo que, como Florencia no es una ciudad demasiado grande, quizá volveríamos a vernos.

Confieso que me sentí desengañado, porque había esperado no sé qué. Y a cualquiera le hubiera ocurrido lo mismo, conociendo a una muchacha como Marta.

Pero no tuve más remedio que volver al hotel, pensando en empezar ya a escribir alguna cosa. Entré en mi habitación, que me pareció muy sola sin Marta y sin la señorita Lindsay. El hecho de que me acordara lo mismo de una que de otra demuestra lo depravado que es uno y la poca fidelidad que guarda a una determinada mujer. Extraje unas cuantas cuartillas para tomar notas y en ese momento sonó el teléfono.

No comprendía quién podía llamarme. Quizá era la señorita Lindsay para repetirme que pobre de mí si lo intentara.

Pero no era Mónica. Era Marta.

Marta que me llamaba con voz agitada para decirme:

—¡Venga pronto, por favor! ¡Ha ocurrido algo inexplicable!

CAPÍTULO II

Pensé que la única cosa inexplicable que le habría ocurrido era que, de repente, había sentido deseos de estar conmigo. Y salí como un bólido, decidido a llegar al otro lado del río en diez minutos.

Llegué en nueve.

Un taxi me dejó ante la puerta del viejo palacio de los Verona, cuya puerta estaba solo entornada. Penetré en él.

Sólo al entrar ya noté lo que ocurría. Era un cambio tan teatral, tan absoluto que saltó a mi cara como un impacto físico. En la casa, o al menos lo que podía ver de ella, no había ni un mueble ni un cuadro. La habían dejado vacía.

Me detuve atónito en el umbral.

Marta estaba sentada, como hipnotizada, en una pila de libros. La pila no era demasiado alta, y por eso la posición de su falda, por debajo, resultaba como para caer de espaldas. Pero uno también tiene sus rasgos de honradez, y me propuse no fijarme en ello más allá de diez minutos seguidos. A los dos minutos, ella me despertó.

—Eh, Barton.

Parpadeé. Elevé la mirada y vi sus ojos húmedos.

—¿Qué ha ocurrido. Marta? ¿Qué es esto?

—Se lo han llevado todo durante las dos horas que hemos estado ausentes. Todo, menos unos pocos recuerdos familiares y unos cuantos libros. Ya ve.

—Pero… ¡eso es inexplicable! ¿Cómo se atreven a robar con tanto cinismo?

—No se trata de un robo. Un vecino me acaba de decir que vio un enorme camión, como los empleados para las mudanzas. Diez hombres trabajaban febrilmente cargando muebles. Y uno de ellos le pareció un funcionario judicial.

—¿Entonces es un embargo? —balbucí—. ¿Un embargo por deudas?

—Imposible. No debo nada a nadie.

Parpadee, sin acabar de comprender, y eso que en cuestión de deudas entiendo bastante. Chasqué dos dedos y le pregunté a Marta por qué me había llamado precisamente a mí.

—Ya le he dicho que me gusta la soledad. No tengo amigos… Y he pensado que si me acompañaba un hombre me harían más caso.

—¿Adónde piensa que debo acompañarla?

—No lo sé… No lo sé aún. ¡Estoy tan absorta, tan confusa! Pero me produce un bien tenerlo aquí, tener alguien con quien hablar.

—Lo primero que ha de hacer —insinué—, es llamar a la policía.

—No… Ya le he dicho que no parecía un robo. Llamaré al juzgado del cual depende esta zona de la ciudad.

—Hágalo.

Sacó uno de los libros que tenía debajo de aquello que a mí me llamaba tanto la atención, y se puso a hojearlo nerviosamente. Era la guía telefónica, claro. Cuando encontró el número, lo marcó con gestos inseguros y rápidos.

Habló unos momentos en un italiano tan rápido que apenas pude entenderlo. Debieron contestarle algo que la dejó pálida, boquiabierta. Con una especie de gruñido ininteligible, colgó el teléfono, o más bien lo dejó caer sobre la horquilla, sin fuerzas para sostenerlo.

Durante algunos instantes respiró dificultosamente. Yo no sabía si esperar a que se reanimase o tratar de ayudarla con un vaso de aquel vino que ella me había ofrecido antes. Mientras dudaba, alzó los ojos y los clavó intensamente en mí.

—Es un embargo —dijo—. Por deudas.

—Pero me ha asegurado hace un momento que no debía nada…

—Y así es. Se trata de una trampa, de una inexplicable y monstruosa trampa.

—Lo resolveremos enseguida —dije—. Me he encontrado con confabulaciones así cuando actuaba como detective privado. Ya le hablé de mi vida en Nueva York, cuando iba de lío en lío. Supongo que las leyes italianas no serán demasiado distintas de las nuestras, de modo que lo resolveremos, no se preocupe.

Ella me miró con desaliento.

—No podrá hacer nada, Barton.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque el que ha ordenado el embargo, según dicen en el juzgado, es mi tío Albert.

—¿Y qué? ¿Es que no puede haber tratado de engañarla un familiar? Precisamente es el caso más normal…

—Aquí es distinto —dijo ella con voz velada, opaca—. Aquí es distinto porque tío Albert murió hace cinco años, Y yo misma asistí a su entierro.

CAPÍTULO III

La señorita Lindsay murmuró:

—¿No ha escrito nada, Barton?

—Nada, ni una línea.

—Vaya… Eso significa que ha estado pensando en otra cosa.

—Sí.

—Yo le diré en qué.

—Dígalo.

La señorita Lindsay me miró fijamente, con sus ojos rasgados y profundos.

—Ha estado pensando en intentarlo —declaró.

—Bueno, pues… Puede que sí.

—Ni lo sueñe. Yo estoy justamente en la habitación que da encima de la suya.

—Lo sé.

—Le bastaría subir un piso y llamar a la puerta. Pero pobre de usted si lo intenta. Pobre de usted si trata de turbar mis pensamientos de muchacha honesta y digna. Y pobre de usted si por casualidad resulte que he dejado la puerta sin cerrar.

La miré fijamente a mi vez. La que turbaba mis pensamientos era ella, pero lo callé. Además lo cierto era que no me había acordado de Mónica Lindsay en toda la tarde. Mi mente estaba ocupada por otra cosa, por algo mucho menos hermoso, pero que en cambio tenía el poder subyugador de lo siniestro.

Consulté mi reloj.

—He de salir, Mónica.

—¿Tiene una cita?

—Sí.

—Lo ha intentado con otra —dijo rencorosamente.

—No, no es lo que usted piensa. Se trata de un asunto que nada tiene que ver con las mujeres.

—Está bien, entonces váyase. Pero esta noche, cuando vuelva, si piensa lo que yo creo, recuerde que se juega la vida.

Cualquiera que entrase en el dormitorio de Mónica Lindsay se la jugaba, y no precisamente porque ella fuese a pegarle un tiro. Hay mil modos de morir. Pero callé todos esos pensamientos, la saludé y salí.

Habíamos estado hablando en uno de los cafés que existen en la Via Nazionale, y que tan distintos me parecían de los locales de Manhattan. Consulté de nuevo mi reloj, para asegurarme de que llegaría en punto, y fui caminando hacia el Ponte Vecchio. Lo atravesé y me encontré poco después ante la casa de Marta Verona. Ella me abrió.

Todo estaba igual. La casa, vacía, tenía un aspecto casi siniestro. Las marcas de los cuadros se habían posado en las paredes para siempre. El suelo, en los lugares donde hubo alfombras, también presentaba unos rectángulos que se diferenciaban claramente del resto.

—Celebro que haya venido —dijo en un susurro.

—Se lo prometí.

—Iremos a la casa donde vivió tío Albert —dijo—. Es decir, si no tiene miedo.

—¿Miedo? ¿Y por qué iba a tenerlo? Lo único que me extraña es que vayamos allí de noche.

—No quiero que nadie nos vea entrar. Lo que vamos a hacer es completamente ilegal.

—Preferiría haber ido al juzgado. Porque en esa casa, ¿qué va usted a averiguar?

—Quién se hace pasar por tío Albert.

Me encogí de hombros.

—Está bien, reconozco que es un pensamiento razonable. Vamos.

Salimos de la casa, cerrando, y nos dirigimos hacia el Amo. Ahora el río quedaba a nuestra derecha. Dejamos a un lado el Ponte Vecchio y nos remontamos hacia el palacio de los Pitti, el más famoso de la ciudad. En una de las viejas casas de la plaza, una placa acreditaba que Dostoievski había escrito allí su novela «El idiota», durante una de las épocas en que estuvo exiliado de Rusia. La plaza, durante la noche tenía un encanto indefinible, imposible

de explicar. Cruzamos el gran parque que hay detrás del palacio y llegamos después a una línea de casas señoriales aisladas las unas de las otras, y la más moderna de las cuales debía haber sido construida doscientos cincuenta años atrás.

Marta me señaló una de ellas, que estaba completamente a oscuras.

—Es ésa.

—¿Quién vive en ella?

—Nadie. ¿No lo ve?

—¿Ésta era la residencia de su tío Albert? Y desde que él murió, ¿está vacía?

—Exacto.

—En ese caso no sé qué averiguaremos… Pero, en fin, habrá que intentarlo.

El gran portalón principal estaba cerrado y debía necesitar unas llaves de cinco quilos para abrirse. Marta me condujo ante otra puerta, esta lateral y secundaria, donde mis habilidades con la ganzúa podían ser de alguna eficacia.

—Cuando era detective privado —susurré—, tenía que hacer esto a veces. La puerta no resistirá ni dos minutos.

No los resistió, en efecto. Se oyó un chasquido, y la hoja de madera cedió ante mi presión. No encontramos ante unas escaleras de granito que subían hasta el piso superior. El olor a humedad era allí muchísimo más intenso que en la casa de Marta.

—Subamos —bisbiseó ella.

Lo hicimos, tanteando las paredes. Una vez arriba, nos encontramos en una gran sala que estaba iluminada en parte por la luz de la luna. Las ventanas daban a un enorme jardín posterior, donde se oía el susurro del viento entre los árboles. Los muebles eran también de magnífica calidad, y los cuadros que colgaban en las paredes me parecieron dignos de un museo.

—Ésta es la sala principal —dijo Marta—. Hemos llegado a ella por una escalera de servicio.

—¿Conoce bien la casa? —bisbiseé.

—Viví aquí.

—¿Cuándo?

—Durante mi adolescencia. Tío Albert era un gran conocedor del arte, y fue él quien me enseñó mi oficio. Las tareas de

restauración las aprendí bien gracias a él. Su casa es un auténtico museo.

—Ya lo veo.

—Tenía una magnífica colección no sólo de cuadros, sino también de armas y… y de momias.

—¿Momias? —balbucí.

—Eran su debilidad. Había estado en Egipto varias veces. Las compraba a los ladrones de timabas.

—¿Y las tiene aquí?

—Es de suponer. Nadie ha entrado en esta casa desde que él murió.

—¿Quién es su heredero?

—No lo sabemos aún. El testamento no puede abrirse hasta dentro de seis meses, por decisión expresa suya. Siempre había pensado que su heredera sería yo, pero… pero lo de hoy lo cambia todo.

Me guió a través de la sala, hasta una puerta cuyas hojas se abrían a los lados. Allí estaba la biblioteca. Miles de libros bien encuadernados, una magnífica esfera terrestre ocupando el centro de la habitación, butacones de piel roja, tapices de primera calidad. Eso fue lo que mis ojos descubrieron allí. En una de las paredes se alineaba una serie de escopetas que, aparte su efecto decorativo, debían tener un indudable valor. Seguro que formaban parte de la colección de armas de que me había hablado Marta.

—Hasta ahora todo es normal —susurré—. ¿Qué esperaba usted?

—No lo sé… Todo está como hace cinco años. Reconozco que he sido una tonta al venir aquí.

—Aún no lo sabemos. Miremos el resto.

El «resto» consistía en dieciséis habitaciones más, sin contar los sótanos, que era donde estaban las momias. Me llamó la atención la riqueza de todos los detalles. El dormitorio del misterioso tío Albert lo hubiera podido envidiar un rey.

Todo relataba no haber sido tocado en muchos años. Las capas de polvo estaban ya casi estratificadas. Grandes telarañas pasaban de un ángulo a otro de las habitaciones.

—¿Nadie cuida esto? —susurré.

—Se limpia dos veces al año, pero es poco. Ahora hace falta otro

repaso general.

—No tiene un aspecto muy estimulante, que digamos.

—Si lo viera limpio y a la luz del día, pensaría de un modo muy distinto. Es maravilloso.

—Sí, pero lo veo de noche y lleno de telarañas. Y encima estamos buscando a su tío Albert, que según parece murió cinco años atrás. Oiga, ¿es que usted cree en brujas?

Marta se volvió bruscamente.

Me miró.

Sentí su mirada patética, triste, pero increíblemente dura, clavada en mis nervios. Era una de esas miradas que le atraviesan a uno la piel. Con lo cual se diferenciaba poco de la mía porque yo, si hemos de ser sinceros, con la mirada le atravesaba las ropas.

—¿Por qué ha dicho eso? —farfulló.

—¿Decir qué?

—Lo de las brujas.

—Pues no sé… Se me ha ocurrido de pronto.

—No debió decirlo.

—¿Por qué? Al fin y al cabo las brujas no existen.

—Tampoco existen los muertos, y sin embargo estamos buscando a uno.

—Es distinto.

—Sí, claro que es distinto… ¿Pero para qué complicar la cuestión? Sigamos buscando. No vamos a pasarnos aquí toda la noche, exponiéndonos a que la policía nos pesque. Estaría bueno…

Los ojos de Marta chispearon. Ahora habían cambiado de expresión. De repente se habían hecho burlones.

—¿Qué le ocurriría, Barton?

—Pues que, por lo menos, me expulsarían del país y me devolverían a los Estados Unidos. Habría que ver la cara que el «diré» ponía entonces… Seguro que no volvía a encontrar trabajo en otro periódico en los próximos cien años.

Ella no me respondió.

Señalaba una puertecilla.

—Esto lleva a los sótanos. ¿Quiere que bajemos?

—De acuerdo, claro que sí.

—Espero que las momias no le impresionen.

—¡Ni pizca!

La verdad era que yo no sabía qué impresión iban a causarme, pues nunca hasta entonces había visto una momia de verdad.

En los Estados Unidos, país con escasa historia, no las hay. Mejor dicho, sí que las hay, pero son de otra clase. Consisten en esas señoras de ciento veinte años divorciadas ya ocho veces, que tienen un rascacielos en Central Park y una villa en California, y que de vez en cuando aparecen retratadas en las revistas —en la sección de pago, claro—, en el momento de casarse con un enamoradísimo muchacho de veinte años.

Esto era distinto. Descendimos poco a poco hacia los sótanos.

Unas luces espectrales nos alumbraban de trecho en trecho. La casa, que era enorme en su superficie, lo parecía aún más en su subsuelo. Había también salas y más salas, la mayor parte de ellas vacías. Entramos al fin en una que Marta debía conocer bien.

—No ha cambiado nada —susurró.

Vi una gran habitación iluminada más espectralmente que las otras a base de combinaciones de cristales amarillos. Las sombras apenas quedaban desveladas por aquel leve resplandor. En las paredes se apoyaban no menos de seis sarcófagos egipcios, tales como los que yo había visto cien veces en películas y fotografías. Pero éstos estaban muy bien conservados y eran de una riqueza inigualable. Pensé que sólo el Museo Británico, en Londres, o el Museo Vaticano, en Roma, podían tener piezas parecidas.

En medio de la sala había una mesa. Y sobre la mesa un libro.

Me acerqué a él con curiosidad. Vi que era un volumen muy antiguo, encuadernado en pergamino blanco y perfectamente conservado, pese al tiempo y la humedad.

Levanté la tapa y miré el título.

PROCESO Y MUERTE DE LAS BRUJAS LAGERLOFF Y GUNTAR

—¡Diablos! —dije—. Es un libro muy antiguo. Casi tres siglos y medio… Y un incunable, por añadidura. Casi puede asegurarse que darían una pequeña fortuna por él.

La voz de Marta sonó ronca a mi espalda.

—¿Qué es eso?

—¿No lo ha oído? Un incunable impreso en Ámsterdam. Habla de procesos por brujería.

—Déjelo.

Su voz era alterada. Me pareció una voz extraña, miedosa. Me volví hacia la muchacha.

Marta, en efecto, estaba mortalmente pálida.

—¿Qué le ocurre? —balbucí.

—Insisto en que no toque eso.

—¿Pero por qué?

—No me gusta hablar de brujas. ¿Quién podría decir si han existido o no? ¿Quién podría afirmar con seguridad que no existen aún? Deje eso. Además…

—¿Además qué?…

—Hay una maldición que pesa sobre esta sala. Una maldición sobre las momias.

Me entraron ganas de reír. Ya sabía yo que en Europa existen muchas manías, a diferencia de mi país, donde sólo existe una: la manía del dólar. Sólo faltaba que una chica tan preciosa creyera en maldiciones. Pero hice esfuerzos para que aquella risa no brotara, ya que no deseaba ofender a Marta.

—Bueno… ¿qué clase de maldición?

—Se dice que alguna de ellas puede volver a la vida en determinadas circunstancias.

—¿Sí, eh?

—No lo tome a broma. No son cosas como para reírme de ellas sin más ni más.

Encendí un cigarrillo tranquilamente, aspirando el humo con voluptuosidad. No es que yo sea un gran fumador, pero en este momento deseaba librarme de aquella atmósfera que estaba respirando. Al menos el humo me resultaba conocido, familiar; formaba parte de mi ambiente.

—¿Quién ha soltado esa mentira? —susurré.

—Mi tío Albert hablaba de ello.

—Pobre tío Albert…

—No se ría de eso. Usted mismo ha visto que acata de hacer algo cinco años después de morir.

—No creo una palabra.

Noté que Marta se sentía ofendida, como si yo la llamara embustera a ella. Bien cierto que no. Sólo me negaba a creer en las circunstancias, en aquella especie de clima espectral que nos

envolvía. Le dije, para no seguir discutiendo, que quizá convendría que nos separáramos.

—¿Y adónde va a ir?

—Revisaré ese otro lado del sótano.

—De acuerdo… Está bien.

La dejé sola unos momentos. Pensé que así se calmaría. Pasaría un poco de miedo estando sola, pero eso a veces conviene.

Y ella quedó sola, en efecto. Quedó en aquella habitación llena de momias y donde sólo parecía imperar la muerte.

Lo que ocurrió a continuación, unos instantes después, yo ya no lo vi, porque caminaba a lo largo del pasillo que llevaba a la otra parte del sótano.

Tuve que imaginarlo por lo que sucedió luego. Tuve que ligar unos cabos con otros.

Pero lo cierto fue que Marta Verona quedó sola, mirando como obsesionada aquel libro que aún seguía ocupando el centro de la mesa.

Nada se movía en torno suyo. Todo parecía quieto desde el principio del tiempo.

El silencio era total, pero sin embargo no oyó aquel levísimo chasquido a su espalda.

La tapa de uno de los sarcófagos había empezado a girar sobre sus viejísimos goznes.

¡Se estaba abriendo!

Después del chasquido inicial, no producía el menor ruido. Marta no podía verla ni oírla. Ignoraba totalmente la clase de horror que se movía tras su nuca.

La momia apareció.

Estaba inmóvil y con los brazos cruzados, en el fondo de su sarcófago. No se movía. No era, por tanto, ella la que estaba haciendo oscilar la tapa. Y la tapa giraba sola.

Marta seguía mirando el libro, pero sin tocarlo. Sus ojos estaban muy abiertos.

En la momia, entonces, ocurrió algo.

Uno de sus brazos, que estaban cruzados, cayó a lo largo del cuerpo. Produjo un leve crujido que la muchacha tampoco captó.

Luego la momia empezó a moverse. Estaba envuelta en vendajes de tal modo que podía mover los brazos y las piernas. En este caso

los vendajes no le envolvían todo el cuerpo como si fuesen unas ataduras.

Adelantó una pierna y salió del sarcófago.

Luego la otra. Estaba a unos cinco pasos de la espalda de Marta. Con movimientos mecánicos, como si la guiara un resorte, siguió avanzando. Se detuvo a tres pasos, como si le fallaran las fuerzas. Luego continuó. Estaba ya a dos…

Tendió el brazo derecho.

Se oyó un nuevo crujido, esta vez muy cerca de Marta, prácticamente junto a ella.

Se volvió, o mejor dicho quiso volverse.

Y entonces fue cuando yo oí aquel grito alucinante, infrahumano, que partía de la garganta de la muchacha.

CAPÍTULO IV

Estaba a unos ocho pasos de la puerta, en el penumbroso pasillo. Me volví como si acabaran de girarme con un gancho a la cara. Miré la penumbrosa luz que se desprendía de aquella puerta.

El grito se repitió, pero ahora resultaba mucho más débil.

¡Alguien estaba atacando a Marta!

Salté hacia allí, y lo que vi me llenó de estupor. Por un instante creí estar viviendo un sueño. No quería, no podía creerlo. Vi que la momia estaba junto a ella. Una de sus manos aferraba la garganta de la muchacha, como tratando de estrangularla, mientras que la otra la mantenía quieta junto a la mesa, para que no pudiera escapar.

Reaccioné unos segundos más tarde. Todo aquello podía parecer una pesadilla, pero era realidad. Lancé una imprecación de las que lanzaba el propietario del periódico el día en que, por cualquiera razón, se veía obligado a dar una paga doble.

Salté hacia la momia. Si estaba viva, yo la enviaría al otro barrio. Y si, por el contrario, había muerto veinticinco siglos antes, la haría morir otra vez. A lo mejor le gustaba repetir.

Pero no llegué a ella. En aquel momento las espectrales luces que alumbraban la sala se apagaron repentinamente.

Quedé a ciegas, deteniendo mi movimiento en el aire. Tropecé con algo, no sé con qué. Tal vez era la mesa. La garganta de Marta volvió a gemir, y luego de ella brotó como un estertor.

Di varios golpes al aire. No toqué nada, o mejor dicho, sí. Toqué a la chica. Y hubiera estado dando golpes de aquellos dos días seguidos, de no haberse encendido las luces otra vez en aquel momento.

Miré, atónito, en torno mío.

En la sala sólo nos encontrábamos Marta Verona y yo. La momia había desaparecido.

Ella estaba terriblemente pálida.

No era para menos, teniendo en cuenta lo que acababa de suceder. Otra se hubiera desmayado, mientras que ella aún se mantenía en pie, aunque apoyada en la mesa. Respiraba con dificultad, y creí que mi obligación era ayudarla a sostenerse. Lo hice sujetándola por cuatro o cinco sitios a la vez, porque ya se sabe que en esos casos (desinteresados) un hombre tiene cuatro o cinco manos. Servicial que es uno, aunque a veces no sepan agradecérselo.

Marta no se daba cuenta de nada.

Se apoyaba en mí como se hubiera apoyado en cualquier cosa. Poco a poco se fue recuperando, al darse cuenta de que ya no corría peligro. Miró como alucinada la luz amarilla, mi rostro, todo aquel ambiente espectral que nos rodeaba.

Con voz casi inaudible susurré:

—He visto lo que sucedía. No puedo creerlo.

—Esa momia me… me atacó.

—Con lo cual ha demostrado que tenía mal gusto. ¡Querer matar a una chica como tú! ¿Pero por qué? ¿Qué podía pretender, si es que esto tiene algún sentido?

—Lo tiene.

—¿Cuál?

—La maldición. Estas momias han sido sacadas de sus refugios por los profanadores de tumbas. Llevaban veinticinco, treinta siglos allí. Todo el mundo sabe que los que descubren esos viejos secretos acaban muriendo trágicamente.

—Pero tú no has profanado ninguna tumba…

—He entrado aquí, que viene a ser lo mismo. Éste era actualmente su refugio, donde no querían ser molestadas. Donde nadie tenía derecho a entrar.

Me di cuenta de que Marta estaba trastornada, hundida por lo que acababa de ocurrir. No era para menos, ciertamente. Por eso resolví dejarla en paz unos momentos mientras pensaba cosas más concretas, y seguramente más útiles.

Lo primero que hice fue mirar el sarcófago.

—¿La viste salir? —pregunté.

—No.

—¿No hizo ruido?

—Ninguno.

Miré los goznes de la tapa del sarcófago. Eran modernos, es decir, habían sido cambiados para el transporte de la momia. Y habían sido engrasados recientemente.

No fue eso lo que más me inquietó.

En el suelo del sarcófago había un resorte. Bastaba apretarlo para que la tapa se alzase.

Eso explicaba el que la momia no hubiera necesitado mover los brazos antes de salir, y que además no hubiera hecho el menor ruido.

Me volví hacia Marta Verona.

—Esto no es tan antiguo como parece —susurré.

—No es extraño. Tío Albert había arreglado algunas cosas. No iba a dejarlo todo tal como estaba cuando esas momias fueron sacadas de sus sepulturas.

—Sí, claro… Es razonable.

—Encontrarás otros detalles modernos. Supongo que las momias también habrían sido saneadas, pese a que no se corría ya peligro de infección.

Me incliné sobre la mesa.

—Pero hay algo más —dije.

—¿Qué?

—Las luces. Se han apagado en el momento más oportuno. Parecía como si alguien nos estuviera viendo.

—Quizá nos veía a través de las paredes —dijo Marta con un soplo de voz.

Y no bromeaba. Por el contrario, su expresión era tan patética, tan angustiosamente sincera, que musité:

—Supongo que las cosas son más complicadas de lo que crees, Marta. Pero nada de brujerías, ¿eh? Eso no voy a creerlo nunca.

Ella miró el libro que estaba sobre la mesa.

¿Por qué lo hizo? ¿Por qué sus ojos se fijaron en aquel texto maldito, que hablaba del suplicio de una mujer inocente, acusada de brujería?

—Dejémoslo —dije, conteniendo una imprecación—. Hala, salgamos fuera. Y mañana yo iré al juzgado para saber quién fue el que habló con ese famoso tío Albert.

La acompañé para salir de allí. En las escaleras ella necesitó

apoyarse, porque se derrumbaba. No necesito decir que la ayudé con el mayor entusiasmo.

Hasta que ella se dio cuenta de que algo no marchaba (o marchaba demasiado aprisa) y se enderezó, subiendo como una gacela y curándose de repente.

Misterios de las mujeres. Ellas dicen que tienen un carácter muy sencillo, pero yo siempre he asegurado que no hay quien las entienda.

El juzgado, como los de muchas ciudades de Europa, se caía de viejo. Estaba atestado de mugrientos legajos, de rollos de papel amarillento, de hojas selladas y rubricadas treinta veces, de archivadores cuyos índices ya se habían despegado y de retratos en los que se veía a la justicia con la balanza y los ojos vendados, aunque todo el mundo sabe que en la realidad sólo suele llevar vendado uno, para con el otro ver lo que pasa.

Los funcionarios eran tan amarillentos como los legajos. Cogían un ataque de hígado por si una firma había quedado un poco más a la derecha o un poco más a la izquierda. Pegaban pólizas a salivazos por todas partes. O se sonaban las narices continuamente y miraban al techo mientras tomaban las declaraciones que hubiera debido tomar personalmente el juez.

Sólo había alguien que desentonaba allí. Era una chica de unos veintitrés años a la que no faltaba ni la minifalda. Quedaba tan mal en aquel ambiente como Blancanieves en una mina de carbón. Pero ocupaba una mesa y parecía muy enfrascada en su trabajo, mirando viejos papelotes. Entonces me expliqué por qué había tenido la sensación, ya desde el principio de que a todos los funcionarios se les ocurría levantarse por turno, ir hasta el armario archivador, donde no buscaban nada, y volver, dejando caer el lapicero, como por casualidad, en el mismo sitio.

En efecto el panorama, a nivel del suelo, debía resultar como para pedir ser enterrado allí. Y yo me dirigí hacia su mesa como si ella fuera la única persona que había en el juzgado.

—Quisiera solicitar una aclaración sobre un embargo de bienes —murmuré, dejando sobre la mesa mi pasaporte del Tío Sam y un billete de diez dólares que tenía la mar de buena pinta.

Ella examinó el pasaporte y me lo devolvió; examinó el billete y se lo quedó. Era una funcionaría competente, no cabía duda.

—Nombre del embargante —preguntó.

—Supongo que es Alberto Verona.

—¿No lo sabe exactamente?

—No, pero creo que ése es el nombre.

—Me suena. Espere.

Se levantó. Era alta, maciza. ¿Qué diablos hacía perdiendo el tiempo allí? Tomó un archivador que estaba muy alto, y su falda se elevó hasta marearme. Puedo jurar que durante unos segundos el trabajo en el juzgado se paralizó completamente. Hubo un silencio como si allí fuera a estallar de un momento a otro una bomba atómica.

Al fin uno de los tipos, el más viejo y babeante, se levantó también.

—¿Qué busca, Rosanna?

—El expediente de Alberto Verona.

—¿El de la herencia?

—No. El de un embargo que se acaba de hacer.

—No recuerdo ahora exactamente. ¿Pero es uno de los herederos el que pide eso?

Rosanna me miró.

—No, no soy uno de los herederos —dije.

La chica hizo un gesto de desencanto.

—Pero el señor es americano —dijo, como si aquello fuera una prueba de la más sólida garantía moral.

—¡Me cisco en los americanos! —gritó el viejo, a quien tal vez obsequiaron con una bomba durante la Segunda Guerra Mundial—. ¡Y si no es heredero, no tiene nada que hacer aquí! Le falta la legitimación activa, ¿entiende?

Le-gi-ti-ma-ción acti-va

—repitió enarbolando el dedo, como si recitara algo tan importante como el undécimo mandamiento—. Usted lleva aquí tres días como funcionario provisional y a prueba, Rosanna. De modo que no sabe nada. Y no toque nada sin consultarme, ¿eh? Yo soy aquí el que manda.

Se sentó con gesto de tribuno romano. Rosanna estaba muy pálida. Al fin me miró fijamente y sus mejillas se volvieron de pronto del color de la grana.

—Lo que le gustaría es mandar en otras cosas —susurró a media

voz—. Pero en eso va listo.

Hice un gesto de desconsuelo.

—Me doy cuenta de que soy un tonto en cuestiones legales —dije—. Volveré con la presunta heredera.

—No hace falta —musitó ella, acercándose a mí de modo que nadie nos oyera—. Ese cascarrabias le pondrá dificultades igualmente. Yo lo arreglaré.

—¿De qué modo?

—Sacaré del expediente los papeles del embargo y se los mostraré esta noche. Mañana volverán a estar en su lugar.

—Perfecto, muñeca. Y le prometo que lo de los diez dólares va a quedar pequeñito al lado de lo que tendrá esta noche. ¿Dónde nos vemos?

—A las once de la noche, en el número ciento veinte de Via Salvatore. —Y añadió en voz alta, para que lo oyeran todos—: Siento no poder complacerle, señor. Vuelva con los herederos o con una autorización de los mismos.

Puse cara de tipejo que acaba de recibir una lección, y salí del edificio. El sol me saludó, pero era un sol todavía indeciso, un sol que no garantizaba la nitidez de las fotografías. Fui andando hasta la *Piazza* de la Signoria, donde había acordado reunirme con Mónica Lindsay.

Ya se sabe que en la *Piazza* de la Signoria hay muchos monumentos; se suele decir que es la plaza más artística del mundo, y a los que lo afirman no les falta razón. Pues bien, de tantos monumentos como hay allí, el único «monumento» en el que la gente se fijaba era en Mónica Lindsay.

Ella paseaba impaciente sobre sus altísimos tacones, mirando a todas partes por si venía yo. Apenas hice acto de presencia, los mirones desaparecieron como por encanto. Mónica dijo no sé qué cosa muy amable sobre por qué no me habían enviado a Vietnam, y salimos los dos hacia la *Piazza* del Duomo, dónde está la que para mi gusto es la catedral más bonita de Italia.

Ella murmuró:

—Me gustaría subir a la cúpula. Debe haber unas visitas muy hermosas desde allí.

—¿Cree que obtendrá buenas fotos?

—Por lo menos habrá que intentarlo. No podemos estar aquí

indefinidamente.
—Sí, claro.
—Vamos.
Unas escalerillas empinadas llevaban a lo alto de la cúpula. Ella tuvo la buena idea de ir delante.
Yo estaba extasiado.
No me daba cuenta de que subía y subía. Hubiera seguido así hasta el planeta Venus.
Ella se volvió de pronto.
—No llevará una cámara fotográfica de esas pequeñitas, ¿eh, Barton?
—No… Le juro que no.
—Pues es usted tonto. Porque no pienso darle otra ocasión como ésta.
Y resultó cierto, porque ahora fue ella la que se quedó detrás. De pronto me sentí terriblemente cansado.
¿Pero cuántas escaleras faltaban aún, maldita sea?…

Vía Salvatore, pese a su beatífico nombre, tiene mal aspecto. No está en el centro de la ciudad, sino en el suburbio, pasados los jardines de Miguel Ángel. La calle, tortuosa y vieja, está llena de antiguos edificios que debieron conocer épocas de esplendor, pero que ahora necesitaban, en el mejor de los casos, una buena capa de pintura. Busqué el número que me había indicado Rosanna.
No he de negar que iba lleno de malignas ilusiones. Si tenía suerte, la cosa me saldría muy bien con ella y también luego muy bien con Marta, que estaría agradecida y deseando demostrármelo. Y quién sabe si me saldría bien al final con Mónica, a la que podría ofrecer un gran reportaje en exclusiva.
Ustedes conocen el cuento de la lechera. ¿Sí, verdad? Pues la lechera se quedaba pequeñita al lado de los cálculos que me hacía yo entonces.
El ciento dieciocho correspondía a una casa semi-ruinosa donde parecía no vivir nadie. Eso me extrañó. Daba por descontado que una funcionaría provisional del juzgado debía vivir en un sitio humilde, pero no en una casa que se caía.
Anduve por ella.
Algunas piedras resbalaban bajo mis pies, produciendo ruidos furtivos. Era eso lo único que rompía un silencio absoluto y lleno de

presagios.

—¡Rosanna! —llamé—. ¡Rosanna!

Nadie me contestó.

Pensé que me había equivocado, al no conocer la ciudad. Y, en efecto, me había equivocado, pero de otra manera.

Lo comprendí enseguida. Lo comprendí cuando aquella linterna me iluminó de repente la cara, dejándome ciego por unos momentos.

Me di cuenta al instante de que algo iba a marchar mal. Fue el instinto lo que me salvó, y también el haber intervenido en docenas de casos que más o menos empezaban de aquella manera y terminaban con una visita a la Morgue. De modo que todos mis músculos se movieron sin que mi voluntad interviniera en ello. Di un salto de costado y desaparecí entre las sombras. La linterna perdió mi rastro, pero eso no detuvo los acontecimientos. En aquel instante sonó la primera descarga.

Casi me ensordeció, haciéndome sentir un sabor a sangre en la boca.

Pero no estaba herido. Noté enseguida que los proyectiles me habían rozado apenas. Porque no se trataba de un proyectil, sino de varios.

Conocía lo suficiente de aquella clase de escopetazos para saber que se trataba de una «lupada».

La «lupada» se dispara con una escopeta de cañones aserrados y cargada con postas. Se llama así porque en Sicilia los campesinos emplean esas armas para matar lobos… y los que no son campesinos las emplean para otras cosas. A corta distancia, los efectos de un disparo así son fatales, terroríficos. Caso de haberme alcanzado de lleno, ni siquiera Mónica Lindsay me hubiera reconocido al día siguiente.

Pero no me habían alcanzado. Trepé por entre las piedras de una pared, mientras lamentaba no llevar una pistola. Les hubiera dado una buena lección a aquellos aficionados de tres al cuarto. Iba a escapar con más facilidad de lo que había imaginado, y los dejaría con un palmo de narices.

Bueno, eso creía yo.

Una serie de piedras rodaron bajo mis pies. Al no estar acostumbrado a la oscuridad, no sabía dónde me había metido. Vi

enseguida que los haces zigzagueantes de dos linternas me buscaban de nuevo.

—¡Alcide! ¡Fueco altre volta!

Me habían visto. Dispararon mientras yo daba otro extraño salto, derrumbándome al pie de la pared.

Docenas de pedazos de hierro mordieron las piedras. Noté unos leves arañazos en los costados, pero advertí al instante de que no era nada grave.

Los haces de luz de las linternas volaban hacia mí. Me di cuenta de que estaba perdido.

No me quedaba más remedio que hacer lo que hice. Disparé inmediatamente dos piedras contra los haces de luz. Tuve buena puntería y además tuve suerte. Los vi apagarse enseguida.

Otra voz mascculló:

—¡Queste Salvatore estúpido! ¡Fuoco, maledetto!

Quizá aquel lenguaje, un poco de opereta, me hubiera hecho gracia en otro momento, pero la verdad fue que entonces no me hizo ninguna. Salté otra vez, aprovechando la oscuridad, hacia la salida de aquel amasijo de ruinas.

Me tiraron con pistola ahora, seguramente con pequeñas armas del 7'65, que a aquella distancia, sin embargo, resultaban muy peligrosas. Las balas se empotraron en la argamasa de la pared, a muy poca distancia de mi cabeza.

Pero ya estaba en la calle, la cual aparecía un poco mejor iluminada. Eché a correr, procurando hundirme en las zonas de sombra. Sin duda los disparos habrían atraído la atención de alguien y aquello pronto se llenaría de gente.

Al llegar al final de la calle, distinguí un taxi. Hice una seña y lo detuve. Aún no me había convencido de que seguía con vida, por lo que en el interior del vehículo me estuve palpando todo el cuerpo.

Pero nada me había ocurrido. Por aquella vez la estratagema —fuese quien fuese el organizador—, les había salido mal.

Cuando llegué al Hotel Castri, Mónica me estaba esperando en mi habitación. Su deliciosa figura se recortaba, como la primera vez, en uno de los espejos.

—Viene muy agitado, Barton —murmuró.

—Pues… pues sí.

—Sin duda se ha estado entrenando.

—¿Para qué?

—Para aprender a subir por una cuerda. Para intentarlo de una vez.

Y se largó con un espectacular revuelo de faldas, tras dirigirme una lenta y penetrante mirada.

¿Esperaba qué lo intentase? ¿Para recibirme con los brazos abiertos tal vez? ¿O quién sabe si con una escopeta cargada de postas?

No quise arriesgarme a probarlo, entre otras cosas porque, tal como me sentía, lo de los brazos abiertos hubiera sido peor que lo otro. De modo que cerré la puerta con llave y me tumbé en la cama, vestido como estaba.

No tardé en quedar dormido. Y es que cuando uno tiene la conciencia limpia, aunque sólo sea porque no le dejan ensuciarla, no necesita somníferos.

CAPÍTULO V

En la vieja sala del juzgado faltaba algo. Estaban los mismos papeles amarillos, los sellos pegados a base de salivazos, los funcionarios prehistóricos y los archivadores que se rompían, pero faltaba lo más importante. Faltaban las piernas de Rosanna y todo lo demás. Faltaba su minifalda, su larga cabellera trigueña, sus ojos penetrantes.

El jefe de los tipos amarillos, el que mandaba allí, se me quedó mirando.

—¿A quién busca, señor? —preguntó, empleando el «señor» con mucho retintín.

—La señorita Rosanna me atendió ayer.

—No está.

—Ya lo veo. ¿Pero qué ocurre?

—No se ha presentado al trabajo ni ha dado ninguna explicación. Supongo que será despedida.

—Ustedes lo sentirán más que ella.

—¿Qué trata de decir?

—Nada, nada… En realidad yo sólo estoy aquí porque quería saber quién había ordenado un determinado embargo. Un embargo contra los bienes de Marta de Verona. Pagaré todos los gastos.

Con aquello de pagar los gastos, me entendieron estupendamente bien. Debieron creer que había vuelto otra vez el plan Marshall, o poco menos[1].

Todos se pusieron a buscar a la vez, dándose empujones. La mano de un mecanógrafo, que iba a pulsar una tecla, no llegó a su destino. Un vejete que colocaba bien un archivador, lo dejó caer al suelo.

Fue el jefe de los amarillos el que llegó primero. Abrió un expediente y luego me miró con desencanto.

—Pues… pues aquí no hay nada.

—¿Cómo que no hay nada?

—Alguien se llevó los documentos, unos documentos que debían tener gran importancia. Y empiezo a creer que todo esto es obra de esa condenada de Rosanna.

—Pero… ¿ninguno de ustedes ordenó que se llevaran todos los muebles de una determinada casa? Los muebles de una muchacha llamada Marta de Verona.

—No, no puedo recordarlo. Claro que tal vez pudo darse el caso de que fuera otro juzgado, no éste. Es decir, que hubiera más de un asunto, y cada uno hubiera correspondido por reparto a un juez diferente. También es posible que no lo recordemos porque aquí hay montañas de asuntos y no es posible acordarse de todo. Pero el oficial del juzgado que hizo el embargo sí que debe de acordarse.

Lo llamaron.

El oficial era un tipo alto, delgado, con aspecto de enfermo, que llevaba el abrigo puesto incluso para trabajar.

—Pietro, ¿tú interviniste en un embargo contra una tal Marta de Verona?

—Sí.

«Menos mal… —pensé—. Por fin averiguaré algo…»

—¿Quién te lo ordenó?

—El juez.

—¿Cómo que el juez? ¡No ha firmado nada en los últimos días!

—Pues a mí me entregaron un papel con su firma, y yo no pregunté más. ¿O tenía que dudar?

Asentí con una lenta cabezada.

Todo aquello se me aparecía más claro cada vez. La tal Rosanna había logrado entrar provisionalmente allí, con la intención de permanecer sólo unos días en el trabajo. No le fue difícil conseguir con engaños la firma del juez, o incluso apoderarse de cualquiera de los papeles que éste firmaba en blanco para las diligencias rutinarias del día siguiente. Rellenó el papel del modo que quiso y lo hizo despachar. Luego trató de eliminarme, porque en un caso así los curiosos estorban.

Pero yo estaba vivo y dispuesto a llegar muy lejos. Por lo pronto, nada se había perdido aún.

—¿Adónde fueron llevados los muebles? —pregunté.

—Se los entregué al depositario.

—¿Y quién era éste?

—No lo puedo recordar. Los documentos lo dicen.

—Los documentos han desaparecido. Haga memoria. Alzó una mano, mientras entrecerraba los ojos.

—El depositario era un tal Giuseppe Verda. Lo que no puedo recordar de ningún modo es su domicilio. Llevaba varios camiones de mudanzas y hombres para cargar todo aquello. Lo hizo rapidísimamente, como si le persiguieran. Apenas me quedaba tiempo para hacer el inventario. Luego me firmó el recibo y se fue.

Hice un gesto sombrío. Todo aquello probaba que los muebles estaban lejos de allí y que quizá no volveríamos a verlos nunca. No comprendía por qué habían querido llevárselos, como no comprendía muchas otras cosas. Pero por lo pronto podía decirse que yo no conseguía nada, mientras que los misteriosos enemigos de Marta lo estaban consiguiendo todo.

—¿No tiene absolutamente ninguna pista de hacia dónde fueron? —musité.

—No, ninguna. Me paso la vida apuntando nombres y cifras en los papeles. No puedo acordarme de todo.

—¿De dónde eran los camiones de mudanzas? Debían llevar el nombre escrito en grandes letras. ¿Recuerda eso?

Volvió a alzar la mano, cosa que al parecer le era imprescindible para recordar algo, y murmuró:

—Tal vez pudiera… Sí, era una casa de Roma. El apellido era «Prescoli» o algo parecido.

Era un dato. Al menos por allí podría averiguar alguna cosa.

Dejé cincuenta dólares de propina, para que se los repartieran, y supongo que allí ya no se trabajó en el resto de la mañana, con lo cual me convertí en algo así como uno de esos tipos que estorban la acción de la justicia. Pero ya no llegué a verlo porque me largué enseguida.

Mi próxima meta era la casa de Marta. No puede decirse, desde luego, que cumpliera demasiado bien con las obligaciones que me había impuesto el director. Hasta el momento no había escrito ni una línea.

Marta no estaba. Encontré la casa cerrada y nadie abrió cuando yo llamé.

Recordé entonces que ella me había dicho dónde trabajaba. Era

restauradora de la galería de los Ufizzi, junto al Ayuntamiento de la ciudad. De modo que me dirigí a la que está considerada como la pinacoteca más importante de Europa.

En efecto, estaba allí.

La muchacha se hallaba sentada y hacía algo en un viejo lienzo, donde ya casi no se reconocía nada a causa de la humedad y de los malos tratos recibidos. Toda la pintura era una pura costra. Sin embargo en los lugares donde ella trabajaba parecía clarearse, parecían insinuarse algunas sombras.

No fue en eso en lo que más me fijé, sin embargo.

Para mi fueron más importantes las piernas de Marta, recogidas en una postura casi tímida. Su busto erguido, agresivo. Sus labios palpitantes. La expresión suave, concentrada, con que estaba trabajando.

Suelo pensar eso cada diez minutos, pero esta vez me dije que era la mujer más interesante que había conocido en mi vida entera. Y tuve la sensación de que esta vez era sincero consigo mismo, de que pensaba la verdad.

Marta no me había visto.

Estaba en un rincón de la galería, recibiendo de lleno la luz de una ventana, embelesada en un trabajo que acaparaba todas sus energías y toda su atención.

Carraspeé a su espalda. Se sobresaltó.

—Tú…

—He supuesto que te encontraría aquí.

—Y no te has equivocado. Paso muchas horas en este lugar. Puede decirse que en estos pocos metros cuadrados que ocupo ahora está toda mi vida.

—¿Qué haces?

—Trato de restaurar este cuadro. Como ves, se encuentra en muy mal estado. Es casi irreconocible.

—Desde luego. ¿Pero tiene valor?

—Un valor fabuloso. Podría ser un Rembrandt.

—¿Estás segura?

Mi asombro era enorme. Si aquello era cierto, resultaría que yo tenía delante algo que valía su buena docena de millones de dólares. Como para vivir tranquilo el resto de mis días en compañía de la señora que me diese la gana. Pero a Marta no parecía

interesarle el valor material, sino el problema artístico que tenía enfrente.

—No, no estoy segura —murmuró—. Incluso tengo mis buenos motivos para decir que esto no es un Rembrandt, pero he de probarlo. Porque si resulta que lo es… En fin, no me gustaría cometer un error de esa clase. Me desacreditaría para siempre. Pero los falsificadores son muy astutos, y a veces prestan cuadros que parecen tener siglos de antigüedad y en realidad fueron pintados hace un año.

—Hay algo que no podrá engañar —dije.

—¿El qué?

—La vejez de la tela.

Marta rió sin ganas.

—Ése es el problema más sencillo de resolver —dijo—. Hay muchos cuadros antiguos que no tienen apenas valor, y los falsificadores los compran a buen precio. Sobre la tela antigua vuelven entonces a pintar un falso Rembrandt o un falso Greco, imitando perfectamente las características de esos dos maestros. A veces el trabajo es tan perfecto que sólo un análisis con rayos puede descubrir la superchería.

—¿Y cuál es tu misión?

—Por el momento muy sencilla. Primero, trato de limpiar el lienzo. Y luego ver si hay algo pintado debajo.

—¿Y lo hay?

Ella hizo un gesto impreciso.

—¿No lo notas?

—Pues… pues no.

—Sin embargo está claro —dijo, indicándome unas sombras—. Aquí se ve gente. Y una cruz.

—¿Una cruz?

—Se insinúa muy levemente. Date cuenta de que está cubierta por una especie de pequeño tejado. En muchas zonas del norte de Europa aún pueden ser vistas cruces así. Significan que…

Vaciló un momento. Yo pregunté:

—¿Qué?

—Significan que en las cercanías eran quemadas las brujas.

No sé por qué, pero me estremecí. Recordé de pronto el libro que habíamos encontrado en el sótano, en el centro de la mesa. Me

pareció de pronto como si el tiempo no existiera, como si hubiese pasado a vivir en una época irreal, no en 1968, sino en 1560, o tal vez incluso antes. Todo lo que tenía ante mis ojos, excepto Marta, contaba con cuatro o cinco siglos de antigüedad. ¿No era fácil que me sintiera arrastrado a aquellas épocas? ¿No podía parecerme —como me parecía ya ahora—, que el tiempo había dejado de existir y que en cualquier momento podía verme obligado a presenciar la horrible y estéril muerte de una bruja?

Pero todos aquellos pensamientos se desvanecieron enseguida. Yo vivía en la era nuclear, no en la de las hogueras. No me gustaban las chicas con enaguas almidonadas, sino las que llevaban cosas mucho más sencillas.

Chasqué dos dedos.

—Más vale que pensemos en cosa más alegres —dije—. Te invito a tomar alguna cosa con el poco dinero que me queda.

—No puedo. Estoy trabajando. Esto es para mí tan serio como si me encontraras en una oficina.

—De acuerdo… Pero además me parece que estás muy poco alegre.

—Así es.

—¿Por qué?

—Tengo miedo.

—Es lógico que lo tengas.

Apretó los labios con gesto desesperado, mientras desviaba la mirada lejos del cuadro.

—Tengo miedo por lo que he visto hace poco —susurró.

—¿Lo que has visto hace poco…?

—Y lo puedo ver ahora.

Me estremecí yo también. Era absurdo lo que me pasaba. Pero era como si por delante de mis ojos desfilara una lenta procesión de sombras.

—¿Lo puedes ver ahora? —susurré.

—Y tú también. Mira…

Me señaló con la punta de su pincel uno de los sectores del lienzo. Confusamente, debajo de las costras de pintura estropeada, se distinguía una capa de pintura más antigua, pero en buen estado de conservación. Vi que la punta del pincel me señalaba una cara.

Era la cara de una mujer. Parecía reír con un gozo satánico. Sin

duda creyendo que estaban haciendo un bien, o quizá por ruines motivos de venganza personal, estaba disfrutando con el suplicio de la bruja.

—Bueno —musité—: un triste espectáculo digno de aquella triste época. ¿Pero qué tiene eso que ver?

—Esa mujer existe.

—¿Queeeé?

—Existe ahora.

Me estremecí brutalmente, sintiendo que se me secaba la boca, pese a que hice un violento esfuerzo para pensar: «¡No la creas! ¡No la creas una sola palabra! ¡Es absurdo!».

—¿Por qué dices eso? —farfullé.

—La he visto.

—¿Dónde?

—Aquí, en Florencia.

Chasqué de nuevo dos dedos, lanzando una carcajada.

—Ahora sí que te invito a un trago, muñeca. Pediré los ingredientes en el bar y lo prepararé yo mismo. Un trago de los que queman.

—No puedo… No puedo marcharme de aquí. Hasta el mediodía no estaré libre.

—Te esperaré.

—Como quieras… Mira, ahora viene la manada.

En efecto, se acercaba un grupo vociferante de turistas. Una serie de autocares debía haberse estacionado ante el palacio, y sus ocupantes aprovechaban el tiempo. Pasaban a la carrera ante los Giotto, los Tintoretto, los Rafael, sin dirigirles más que una leve mirada, apremiados por la voz:

—¡Sigan al guía! ¡Sigan al guía!

La gente iba detrás de un tipo con uniforme que no les dejaba detenerse demasiado en ninguna parte. Daba una brevísima referencia de cada cuadro y seguía caminando.

—¡Sigan al guía! ¡Sigan al guía!

Un verdadero bloque humano se formó en torno a Marta Verona, no para ver lo que estaba haciendo, que eso le tenía sin cuidado a la gente, sino para verla a ella.

—¡Sigan al guía!

De pronto el hombrecillo de uniforme se introdujo por una

puerta en la cual había dibujada la silueta de un hombre, para que todo el mundo lo entendiera, en un verdadero lenguaje internacional. Los visitantes se arracimaron tras él.

Y se oyó su voz tremolante:

—¡Por favor! ¡Sobre todo las señoras! ¡Esta vez no sigan al guíaaaaaa!

CAPÍTULO VI

Por el Puente Viejo ya no cruzaban aquellas rachas de aire frío. Al instante empezó a hacer buen tiempo, un tiempo maravilloso, que invitaba a pasear y a contemplar con calma los edificios, los monumentos (sí, también los que andan sobre tacones) y todas las cosas bellas de Florencia. Pensé que cada vez tenía menos ganas de volver a los Estados Unidos, al *subway, al aparcamiento pagado, a la máquina que despachaba cafés en la misma redacción, a las voces del diré, a todo lo que me había parecido estupendo hasta poco antes. El aire de Florencia me llenaba los pulmones, me embargaba. También me embargaba el ir junto a Marta de noche, sin que ella rehusara el que la tomase por el brazo. Íbamos a su casa, aunque estuviera vacía. Con una chica como ella… ¡cualquiera pensaba en volver a los Estados Unidos! Parecía haberme insinuado, además, que no tendría prisa para decirme que yo me fuese. La verdad era que nunca el Amo me había parecido tan bonito y nunca Florencia me había parecido una ciudad tan feliz.*

Y eso que no me faltaban preocupaciones. Acababa de contarle lo ocurrido la noche anterior.

—Me temo que todo eso fue un robo, aunque con una forma legal —terminé—. Una orden de embargo falsificada por un funcionario inocente que la cumple y unos camiones de mudanzas que se van Dios sabe dónde. ¿Pero qué tenías en los muebles? ¿Había algún Rembrandt tal vez? ¿Algún cuadro como el que estás restaurando?

—No.

—Sin embargo debían valer mucho.

—Sí, pero no se los hubieran llevado sólo por eso.

—¿Entonces por qué?

—No lo sé… Si lo supiera te lo diría. Juro que te lo diría.

—Después de haber intentado matarme, pienso que la cosa no es una broma. Al ver la momia empecé a dudar, pero ahora me he convencido de que no estamos jugando. Debe haber algo terrible detrás de todo esto, aunque la mitad sean fantasías.

—No son fantasías —susurró Marta.

—No tratarás de convencerme de que la mujer que has visto en el cuadro existe…

—Claro que existe.

Me encogí de hombros.

No valía la pena discutir, puesto que además ya estábamos llegando a la casa de Marta. Ella abrió. Aquella sensación angustiosa de soledad, de vacío, nos recibió de nuevo. Pero estando junto a ella todo me parecía distinto, como si un secreto calor, como si un magnetismo, se desprendieran de su piel.

Encendió las luces y se sentó sobre la pila de libros donde yo la había visto antes. Tampoco se preocupó demasiado por la posición de su falda. Yo quedé petrificado.

—Todo esto es muy triste —reconoció—. No tiene ningún ambiente.

—Al contrario. Tiene mucho.

—¿Tú te encuentras a gusto?

—¡No te lo puedes ni imaginar!

Ella se encogió de hombros resignadamente.

—Te he metido en un buen lío, Barton.

—Saldremos de él. Has perdido tus muebles, ¿no? Bueno, ¿y qué? ¿Tanto valían?

—Valían mucho, pero no es eso lo que más me preocupa. Lo terrible es saber que voy a morir.

Supe también que era sincera. Que hablaba con toda el alma.

Otro se hubiera acercado a ella para tranquilizarla, para acariciarla tal vez. Pero yo no lo hice por un ruin motivo: desde el sitio donde estaba ahora, tenía la perspectiva estupenda. Y me quedé quieto, con los ojos más quietos aún.

—Marta…

—¿Qué, Barton?

—Tienes que olvidar todo eso. Hacer que se evapore, así… ¡plum!… Como el humo. Borrarlo de tu cabeza.

—Sólo lo conseguiré cuando sepa qué es lo que quieren de mí —susurró ella con voz amarga.

—¿Querer de ti? ¿Quién?

Marta dijo enigmáticamente:

—Ellos.

—¿Quieres son ellos?

—Los espíritus. Los que van a matarme. Las brujas que todavía existen en nuestro tiempo.

Eché la cabeza para atrás e hice un gesto de hastío. Todo aquello eran tonterías, eran palabras sin sentido. Pero reconozco que el tono de angustia con que la muchacha las había pronunciado llegaba a impresionarme.

Volvía a notar como si aquella nube gris pasara por mis ojos. Como si viera —remotamente—, la neblina que bordeaba el paisaje de otro mundo.

Ella estaba absorta.

Parecía como si el otro mundo la rodeara ya, como si no pudiese ver más que aquella espectral neblina.

—Aquella cara… —musitó.

Yo empecé a despreocuparme de sus piernas, lo cual indicaba que debía sentirme muy mal.

—¿Aún la recuerdas?

—Sería capaz de dibujarla.

—Pues no lo hagas. Más vale que la olvides de una vez.

Ella no me hizo caso. Debía estar obsesionada, y los obsesionados sólo siguen sus propios impulsos. Tomó una hoja de papel del interior de uno de los libros y con un lapicero se puso a dibujar. Lo hacía hábilmente, con la gracia de una verdadera artista, lo que era al fin y al cabo. Cuando hubo terminado su obra, me la mostró.

—Mira.

Yo estaba asombrado.

Había de reconocer que el rostro que ella me estaba enseñando era el mismo que yo había visto en el cuadro, si bien velado por las sombras del tiempo.

—Se parece, ¿verdad?

—Es el mismo, pero…

—¿Vas a decirme que debería olvidarlo?

—Sí.

—Pues ahórrate el conmovedor discurso. No podré. Lo tengo aquí, ¿comprendes? Aquí y pareció querer agujerearse la frente con el dedo índice. —Nunca lo olvidaré.

—Sería terrible que te obsesionaras con eso —murmuré, queriendo olvidar que ya lo estaba.

—Hay algo que me obsesiona más.

—¿Sí?

Ella me miró fijamente. Sus ojos eran extraños. En el fondo, muy en su fondo, parecían temblar dos llamitas.

—El rostro de la bruja —musitó—. Aún no he logrado saber cuál es el rostro de la bruja.

Eché la cabeza hacia atrás.

Reconozco que el tono lúgubre en que acaban de ser pronunciadas aquellas palabras me había impresionado.

—¿Es que hay una bruja? —musité.

—Aquel cuadro representa el suplicio de una de ellas, estoy segura.

—¿Quién lo trajo? ¿Dónde apareció?

—Es un legado que tío Albert hizo al museo.

—¿Y no lo han entregado hasta ahora?

—Estaba con otros cuadros que él legó. Al director le pareció interesante y quiso que lo restaurara. Me encargó a mí ese trabajo por una razón muy elemental: yo debía tener cariño hacia ese lienzo. Era de la familia.

—Comprendo, pero…

Ella negó con la cabeza.

—No, no me digas que no me obsesione. El cuadro que está pintado debajo del actual representa el suplicio de una bruja en alguna ciudad de Holanda, porque el lienzo es de la escuela flamenca. Y esa bruja tendrá una cara. Y yo estoy seguro de que la reconoceré.

Chasqué dos dedos.

—¿Sabes qué voy a hacer?

—¿Qué?

—Quemar ese cuadro.

—No digas tonterías, Barton.

—De acuerdo, no hablaré más excepto para preguntarte una

cosa muy importante: ¿dónde diablos podría encontrar una botella?

—Tal vez en el piso superior Allí quedan algunas sillas sin valor. Es posible que haya también alguna botella.

—Iré a ver.

Subí, en efecto, al piso superior, oyendo como mis pasos resonaban en las habitaciones vacías. Era ridículo, pero no me sentía tranquilo. Iba encendiendo las luces a mi paso. Muchas no funcionaban, porque bastantes lámparas también habían desaparecido. Extensas zonas de sombra se pegaban a las paredes y parecían resbalar por ellas.

Fui entrando en las diversas habitaciones. Todas estaban vacías. No sabía bien por qué, pero cada vez que veía una mancha blanca recordaba a la momia.

Tenía que estar por alguna parte.

Podía verla de nuevo. Podía aparecer por el sitio que menos esperase.

No. Fue algo muy distinto.

Vi en el centro de la habitación vacía las patas de aquella silla. Apenas podía distinguir nada más. Pero tuve la sensación de que la silla estaba ocupada, de que en ella había alguien.

Miré mejor.

Quieto en el umbral de la habitación, parecía como si mis pies hubiesen quedado clavados en tierra.

La luz del pasillo cortaba las tinieblas en dos. Mis ojos se acostumbraron a ellas. Vieron el bulto —todavía informe—, que estaba sobre aquella silla.

Llevé la derecha a uno de mis bolsillos y encendí el «Ronson» de oro, del que se elevó una larga llamita. La débil luz me bastó para ver que la que estaba sentada en la silla era una mujer.

Una mujer viva.

Y cuya cara… ¡cuya cara me era conocida! ¡Porque era la cara que yo había visto antes dos veces! ¡Una en el cuadro que restauraba Marta! ¡La otra, en el dibujo que acababa de hacer ella misma!

CAPÍTULO VII

La única diferencia estaba en que ahora la mujer no reía. No tenía aquella expresión satánica en su rostro. No había placer en sus ojos, sino más bien una helada indiferencia.

No me di cuenta y solté el resorte. La llamita se extinguió. Nuevamente quedé a oscuras.

Sentía que algo fallaba en mis nervios. Que estaba a punto de volverme loco.

Encendí de nuevo el «Ronson», pero entonces tuve la segunda sorpresa, tan violenta como la primera. Porque en la silla no había ya nadie. La mujer había desaparecido.

Parecía como si se la hubiesen tragado las paredes.

El más absoluto silencio, un silencio brutal, me rodeaba.

Ignoro cuánto tiempo estuve así. Me sentía incapaz de reaccionar, precisamente porque lo que ocurría era absolutamente desacostumbrado para mí. Era lógico, se salía de los límites del mundo que yo conocía. Recordé una definición que me habían dado de la locura: «Uno no se da cuenta de que la tiene. Y cuando sale de ella, no sabría explicar a nadie cómo es».

¿Me ocurría eso a mí? ¿Empezaba yo a estar loco y era el único que no me daba cuenta?

De pronto me pareció oír un susurro a mi espalda. Me volví bruscamente. Era Marta.

Se leía algo especial en sus ojos. ¿Era miedo, era la misma locura que me atenazaba a mí? Lo cierto era que sus hermosos párpados temblaron. Que parecía palpitar en ella algo siniestro, y que por primera vez no sentía deseos de besarla.

—¿Qué te ocurre, Barton?

Debía haber perdido la noción del tiempo. Debía llevar mucho tiempo quieto allí, hasta llegar a intranquilizarla.

—Nada, no me ocurre nada.

—¿Es que has visto algo?

—¿Por qué… dices eso?

—No sé. Tienes una mirada extraña.

—No he visto nada absolutamente. ¿Qué iba a ver?

—He recordado que no hay ninguna botella aquí. En todo caso abajo.

—Está bien. Vamos.

Descendimos poco a poco. Yo volvía a oír el sonido de mis pasos y me parecía irreal. Discretamente, sin que ella lo notara, miré hacia la puerta, que había que dado abierta. Me pareció ver el mismo rostro escrutando desde allí, pero no estaba seguro de nada.

—Marta…

—¿Qué, Barton?

No sé qué iba a decirle. Quizá mis palabras no tendrían sentido.

Pero en todo caso no llegué a pronunciarlas. Porque instantáneamente, como había ocurrido en la otra casa, se apagaron las luces de todas las habitaciones.

Sólo oí el gemido de Marta. Un gemido ronco, angustioso como un estertor, que parecía ir alejándose poco a poco.

Me había visto otras veces en circunstancias parecidas, porque mi vida de detective privado en Nueva York había sido cualquier cosa menos la de un rentista. Y la experiencia me había enseñado que lo mejor en esos casos es procurar que no le vean a uno. No presentarse voluntario para morir. Arrojarse al suelo y callar.

Hice bien, porque al instante oí silbar algo por encima de mi cabeza. De no haberme movido con tanta rapidez, quizá me hubiera atravesado el pecho.

Oí un «trac» en una de las paredes, y pude mirar hacia allí. La difusa luz que penetraba por una de las ventanas me permitió ver algo que me hizo estremecer. En aquella pared acababa de medio hundirse la punta de una flecha. Con la fuerza que debía llevar, a mí me hubiera atravesado casi de parte a parte.

Pero aún no estaba libre. Tenía que moverme antes de que me localizaran y repitieran el golpe.

Rodé por las escaleras. Noté entonces que éstas eran recorridas por una serie de picotazos.

¡Eran balas! ¡Estaban tirando con silenciador contra mí! ¡Van a dejarme seco!

Recordé las tristes palabras de Marta. «En buen lío te has metido, Barton». Al principio no le había hecho demasiado caso, pero ahora comprendía que las mujeres siempre acaban teniendo razón.

Llegué hasta el vestíbulo sin que ninguno de aquellos proyectiles me hubiera alcanzado. Afortunadamente no podían verme. Tropecé con algo que me parecieron las piernas de un hombre.

Oí una maldición, pero no sabría decir en qué idioma. Noté que una pistola con silenciador bajaba instantáneamente hasta mi cabeza.

No me entretuve esperando para ver qué pasaba. Levanté un brazo, que era todo lo que podía hacer. Di un manotazo en la pistola y la desvié en el último segundo.

La bala fue a empotrarse en una de las paredes. Oí un lúgubre «trac». Luego el individuo trató de huir.

No se lo permití.

Me arrojé a sus piernas y le hice un placaje de *rugby*, arriesgándome a luchar cuerpo a cuerpo con él, a pesar de saber que iba armado.

Le oí caer. Disparó y una bala pasó rozando mi cabeza.

Entonces me di cuenta de que me estaba metiendo en otro lío, y estaba vez mortal. Porque no se trataba de un enemigo, sino de dos. El que se hallaba a mi espalda disparó también.

Oí el taponazo y noté como un leve calambre en una pierna. No era grave, pero la bala debía haberme rozado. Eso indicaba que un segundo después podía estar muerto.

Me lancé silenciosamente hacia la parte más espesa de sombras, mientras me maldecía a mi mismo por no disponer de un arma. Pero Italia no es América, donde resulta tan fácil hacerse con una pistola. En Italia está controlado todo lo que hace fuego, hasta las cerillas.

Pero mis dos enemigos no sabían si yo estaba armado o no. Ésa era mi única ventaja.

Hice un brusco sonido con la boca. Fue exactamente un taponazo como los que producían los silenciadores de las pistolas.

Eso les asustó. Debieron pensar que, allí donde se daba, también se podía recibir.

—¡Raffaello! ¡Andiamo!

Me pareció la misma voz que había oído la noche anterior, pero no estaba seguro. Vi abrirse y cerrarse instantáneamente una puerta. Dos sombras se esfumaron.

¿Qué le había ocurrido a Marta? ¿Habían conseguido matarla? ¿Habría tenido ella peor suerte que yo?

Avancé hacia el lugar donde creía recordar estaba el conmutador general de la electricidad. Lo pulsé y las luces se encendieron. Lo único que habían hecho aquellos dos tipos era mover el resorte.

La claridad me permitió verlo todo con detalle. En efecto, los dos tipos no estaban allí, pero tampoco estaba Marta.

Me tranquilicé.

Estaba seguro de que los dos individuos no se la podían haber llevado. Y si estuviera muerta no habría podido moverse de allí, eso desde luego.

Me puse en pie mientras llamaba:

—¡Marta! ¡Marta!

Una de las puertas se abrió, tras unos segundos que me parecieron interminables.

Marta apareció en el umbral. Estaba algo pálida, pero estremecedoramente hermosa. No sé qué otro adjetivo utilizar para definir aquella especie de halo irreal que la envolvía. Claro que también era posible que la proximidad de la muerte me la hiciese parecer más hermosa, por esa sencilla razón de que en la vida todo es bonito cuando uno está a punto de abandonarla.

Ella balbució:

—Han intentado matarte…

—¿A ti no?

—Quizá venían a por mí… No lo sé. El caso es que yo conozco la casa y puedo moverme a oscuras por ella. Enseguida me he cobijado detrás de esta puerta.

Me puse ambas manos en las sienes, para tratar de dominar el zumbido que empezaba a sentir en éstas.

—Dos veces han tratado de matarme ya —susurré—, y ni siquiera les he visto la cara. Lo único que sé es que tratan de obrar en silencio. En cuanto temen que alguien vaya a intervenir, desaparecen.

—¿Has oído algo que les identifique? ¿Has notado alguna cosa?

—Sólo que son italianos.

—Eso, en Italia, no es decir gran cosa.

—Lo comprendo, pero a mí tiene que llamarme la atención. Al fin y al cabo, los únicos enemigos que tengo son americanos.

—Si hablan, ¿con qué acento lo hacían?

—No lo sé. Apenas chapurreo tu lenguaje. Me es imposible darme cuenta de detalles de esa clase.

Marta dejó caer la barbilla sobre el pecho, con gesto de abatimiento.

—Vuelve a tu país, Barton —fue todo lo que supo decir.

—¿Por qué he de hacerlo?

—No sé si te gustará mucho Italia, pero aunque así sea, quedarse aquí toda la eternidad es demasiado.

—No puedo abandonarte, Marta.

—Mejor será que lo hagas.

Avancé hacia ella. Estaba furioso contra el destino, furioso contra todo. Creo que nunca había sentido tanta necesidad de un trago como en aquellos momentos. Me hubiera bebido un barril de *whisky*, pero en aquella maldita casa no parecía haber nada.

—¿De verdad no tienes una botella?

—¿Y yo qué sé? —Ella también parecía terriblemente nerviosa —. Se lo han llevado todo. ¿Qué quieres que te diga?

Abrí furiosamente uno de los armarios, dos habitaciones más allá, por si había suerte.

Y la hubo.

¡Vaya si la hubo!

El cuerpo de la mujer casi se me vino encima. Era una mujer que aún tenía las manos encogidas en el corazón, donde acababa de recibir una cuchillada. La vida se le había ido por allí, por aquella herida al parecer pequeña, pero terrible. No fue en eso, sin embargo, en lo que yo me fijé.

No. Yo sólo me fijé en su cara.

En la que ya conocía muy bien. ¡En la de la mujer del cuadro, la que yo había visto unos minutos antes!

CAPÍTULO VIII

Cualquiera que llegue a Roma por la moderna estación Termini encontrará unos andenes pulcros, unas grandes salas para acoger a los viajeros, tiendas donde se vende de todo, bien surtidos bares y una excelente oficina de información. También verá unas diligentes señoritas que se pasean junto a las puertas y que, después de todo; parecen no tener prisa por ir a ninguna parte. Algunas de esas señoritas me sonrieron a mí cuando me apeé del tren que me había traído desde Florencia, aproximadamente a las doce del mediodía. Pero no tenía tiempo para perder y me dirigí a la piazza del Cinquecento. Luego atravesé la piazza de la República, con mi pequeño maletín en la mano, y me introduje en Via Nazionale. Vi un hotel magnífico, el del Quirinale, pero recordé que con lo que me pagaba el «diré» no podría tomar allí ni una
«Coca-Cola».
De modo que fui un poco más abajo, al Esperia. No me recordó en nada a los hoteles americanos, funcionales y modernos. Tampoco tenía el ambiente del de Florencia, pero era acogedor. Me dieron una habitación desde cuyas ventanas se divisaba el enorme monumento en mármol al Soldado Desconocido.

Y no había venido a Roma a hacer turismo, sin embargo, aunque ese turismo valiese la pena. Lo que quería era ir siguiendo el trágico hilo para ver si por él desenredaba el ovillo. Deseaba encontrar la casa de transportes que se había llevado los muebles de Marta, en el caso de que esa casa de transportes hubiera existido alguna vez.

La guía telefónica me orientó. En efecto, había unos transportistas llamados Crispoli.

Telefoneé, pero me aseguraron que no habían hecho ningún transporte en Florencia. Que no era, además, la primera vez que alguien habría usado su nombre, camuflando camiones. Pero que revisarían bien sus archivos y al anochecer me dirían con seguridad

alguna cosa.

Eran gente razonable. Decidí esperar.

Tal como se presentaban las cosas, me parecía muy lógico que alguien hubiera utilizado un nombre falso para el transporte. Todo aquello seguía siendo muy confuso, pero en realidad no tenía más remedio que esperar hasta el anochecer.

Luego llamé a Mónica Lindsay. Ella no sabía que yo estaba en Roma. Me había largado sin decirle una palabra.

—Te has ido con otra —me acusó, apenas le hube soltado las dos primeras palabras.

—No, te juro que no. Estoy solo.

—Pues si no te has ido con otra, al menos esperas encontrarla.

En los porches de la piazza del Cinquecento había visto a alguna señorita por la cual quizá hubiera valido la pena darle la razón a Mónica. Pero no pensaba meterme en líos, de modo que insistí.

—Te juro que no, muñeca.

—¿Y el reportaje qué?

—Pienso escribirlo igualmente.

—Muy bien… Ya sé que el señor es un genio… Ya sé que va a ganar el Premio Pulitzer este año. ¡Pero el reportaje tiene que ir ligado con las fotos, burro! ¡Y tú no has visto todavía ninguna!

—Las veré.

—¿Cuándo?

—Pienso regresar mañana —dije solemnemente—. Lo que he venido a hacer aquí es cuestión de una noche.

En efecto, era cuestión de una noche. Como había sido cuestión de una noche arrojar al Arno el cuerpo de la mujer que hallamos muerta en la casa de Marta. Como había sido cuestión de una noche borrar todas las huellas de la condenada pelea.

—He recibido un cable —masculló Mónica.

—¿Del «diré»?

—¿De quién si no? ¿Del presidente Johnson? Dice que sólo nos da dos días más. Que ya está harto.

—Dos días… De acuerdo, es suficiente.

—¿Suficiente para qué?

No se lo dije. Colgué el teléfono lentamente. Luego me desnudé y me di una ducha fría, hasta tener la sensación de que los nervios se me iban helando poco a poco.

Estaba metido hasta las narices en un feo asunto, eso era cierto. No sólo querían matarme, y no sabía bien por qué. Además había visto a una mujer que teóricamente debió morir cuatrocientos años antes. La había visto viva y luego fiambre. Y había ayudado a lanzarla al río, como si el asesino fuera yo.

Pensaba que la policía pronto encontraría una pista y que nos empapelaría a los dos, a Marta y a mí. Y cuando eso sucediera, no sabía de qué modo íbamos a poder probar nuestra inocencia.

Me vestí de nuevo, fui andando hasta la cercana vía Cavour y tomé en un bar un *whisky* doble. Luego compré todos los periódicos que pude encontrar, buscando detalles acerca del cadáver que Marta y yo habíamos arrojado al Arno.

Nada.

Por lo visto no había aparecido aún. Era raro, pero cabía la posibilidad de que se hubiera enganchado en algún objeto del fondo.

Caminé como un león enjaulado hasta la piazza Barberini, en el nacimiento de la famosa Via Veneto, comí en un *self-service que existe muy cerca de la misma y luego me dirigí hacia el Vaticano. Ya que el azar me había traído hasta Roma, quería verla bien. Me quedé asombrado ante la magnitud de San Pedro. Luego subí hasta la cúpula. No hasta la cima, sino hasta la gran terraza desde la que los apóstoles miran el paso de los siglos. Roma estaba maravillosa bajo el sol de la tarde, con sus viejos mármoles, con sus colinas verdes, con su sensación, al mismo tiempo, de ciudad ajetreada y llena de vida. Llegué a olvidarme de para qué había venido allí. Por un momento tuve la sensación de que Marta no existía, de que yo no había llegado a entrar en el misterio de su vida. La extraña fascinación de la ciudad me había vencido, me había subyugado. Y eso que —lo reconozco—, yo soy un tipo materialista de esos que sólo sirven para pegarle un bocado a un dólar.*

Me senté en la balaustrada, levemente vuelto hacia la maravillosa plaza.

Lo que menos imaginaba, era que la muerte pudiera acecharme allí. Que hubiera alguien capaz de cometer un asesinato allí mismo.

No di la menor importancia al individuo que se acercaba a mí.

Llevaba una máquina fotográfica en bandolera y parecía un turista más de los que frecuentan aquella terraza todo el año. Claro que en aquel momento estábamos solos, y eso debió hacerme recelar. Pero repito que estaba bien lejos de acordarme de la muerte.

De pronto aquel tipo sujetó mis dos piernas por los tobillos. Fue instantáneo.

Tiró de ellos hacia arriba.

Ya he dicho que estaba sentado en la balaustrada, levemente vuelto hacia la plaza, es decir de espaldas realmente a ésta. Mis pies se hallaban a bastante distancia del suelo de la terraza, o sea que no tenía más sustentación que la que pudieran proporcionarme mis posaderas (con perdón). Y si usted quiere saber lo que pasa cuando, estando así, le levantan a uno las piernas de repente, haga la prueba, pero desde una altura de medio metro.

Yo, por el contrario estaba en lo alto de la basílica. Di una vuelta de campana, basculando hacia atrás. Y de pronto me encontré en el vacío.

No grité.

Recuerdo que, en aquel momento, lo único que me dominó fue un grande, un terrible estupor. Estupor porque yo me hubiera dejado cazar tan fácilmente.

Pero ya estaba hecho. Ya volaba en el aire.

Tendí ambas manos desesperadamente, pero no lo hice al azar, en un gesto instintivo, sino conservando un poco de raciocinio incluso en aquellas terribles circunstancias. Mi objetivo era la gran cornisa que está casi debajo de la balaustrada. Si no lograba asirme a ella, mi cuerpo no pararía hasta que se destrozara contra las centenarias losas de la plaza.

Sentí un rudo golpe. Me pareció como si mi mano se hubiera roto.

Pero en realidad lo que sucedía era que había logrado sujetarme, y todo mi cuerpo pendía de dos dedos. Basculé trágicamente, mientras ahora por primera vez oía abajo un terrible grito de la multitud que lo presenciaba todo.

Por encima de la balaustrada asomó el rostro fugaz del tipo que me había lanzado. Sólo lo vi un momento.

Desapareció enseguida, al darse cuenta de que su golpe había fallado o estaba a punto de fallar. Oí voces que se acercaban,

mientras mis dedos estaban cada vez más a punto de romperse. No podía sostenerme también con la otra mano debido a la posición en que me hallaba. Sentí que la cabeza me daba vueltas y que iba a caer de un momento a otro.

De repente me dolió morir. Ahora que había estado a punto de salvarme, la idea de hacerme papilla en la mismísima plaza de San Pedro se me convertía en algo insoportable.

Mis dedos crujieron.

¡No podía más!

En aquel momento alguien me sujetó por la muñeca. Era un joven sacerdote que se había casi colgado del exterior, con riesgo de su vida. Dos hombres le estaban sujetando. Ninguno de ellos, por supuesto, era el que me había lanzado a mí.

—¡Cuidado! ¡Aguante! ¡Es sólo un momento, un momento más! ¡Procure acercarse a la pared!

Lo hice.

Noté que tiraban de mí. No tengo vértigo, pero en este momento la sensación de vacío hacía que se me cortara la respiración. Todo fue angustioso, pero muy rápido. De pronto noté que me instalaban en el suelo, ya en la terraza.

—¿Le ha ocurrido algo?

—¿Tiene algún hueso roto? Tóquese.

—No… No me he roto nada. No sé cómo… agradecerles… lo que han hecho conmigo.

—Eso no tiene importancia. ¿Qué ha sido? ¿Un mareo?

Miré en torno mío antes de contestar.

Ni rastro del tipo que me había lanzado, por supuesto. Debía estar descendiendo por el ascensor, o quién sabe si por las escaleras para no tener que esperar. En todo caso no me convenía perder ni un minuto.

Me puse en pie.

—Perdonen —balbucí—. Les ruego que me perdonen.

Eché a andar hacia la salida. Los tres que me habían salvado se quedaron de piedra.

—Pero oiga…

No les oía ya. Estaba descendiendo por las escaleras a toda velocidad. Me parecía oír las pisadas angustiosas del asesino que me precedía por unas yardas.

Tenía esperanzas de alcanzarle. La plaza de San Pedro es un sitio fatal para que se oculte uno. Todo son perspectivas limpias, claras; todo son espacios abiertos. Al hombre que había tratado de apiolarme le iba a resultar muy difícil huir.

Salí del templo. Miré las losas sobre las que había estado a punto de estrellarse mi cuerpo y lancé un respingo, pero no me detuve a contemplarlas como el que contempla su tumba.

El tipo iba unos pasos más allá. No se volvía a mirarme, pero debía saber que yo le seguía, porque apretaba el paso cada vez más.

No se atrevía a correr, sin embargo. Quería evitar cualquier movimiento de alarma, durante el que quizá muchas personas a la vez se hubieran puesto a perseguirle.

Yo hubiera podido alcanzarle lanzándome a la carrera, pero no quería llamar la atención tampoco. Después de lo sucedido en Florencia, no podía arriesgarme a una intervención de la policía. Por eso lo único que hice fue apretar el paso, como el otro.

Nuestra persecución fue silenciosa, tenaz, implacable.

Nadie lo notaba, pero en cada uno de nuestros movimientos palpitaba el deseo de echar a correr o de lanzarse uno contra el otro.

Vi que iba armado, pero eso no me importaba en estos momentos.

Lo único que quería era caer sobre él a toda costa, corriese el peligro que corriese. Cazarle vivo. Y hacerle hablar hasta que me dijese el nombre de la primera maestra guapa que el muy buitre tuvo en la escuela.

El tipo avanzaba por Via Conziliazione.

Se acercaba rápidamente al puente sobre el Tiber, cerca del castillo de Santángelo. Allí pasaban coches y autobuses, a cualquiera de los cuales podían encaramarse. Necesitaba cazarlo antes.

Entonces el tipo echó a correr.

Simulaba ir detrás de un autobús que iba a detenerse. Yo hice lo mismo. Era más ágil, y en un momento lo tuve junto a mí.

Mi zarpa derecha cayó sobre una de sus solapas.

—Eh, tú, hermanito…

—¡Déjame!

—Chilla otra vez y te parto la boca. Ven conmigo sin chistar, si

quieres conservar los dientes.

—Llamaré a la policía…

—Muy bien, hazlo. Seguro que tienes muchas cosas interesantes que contar.

—Te juro que…

—Vas a venir conmigo. Y enseguida…

En mi país me había encontrado muchas veces practicando esas llamémosles «detenciones ilegales». Si el tipo se resistía, le aplicaría una llave de judo que le dejaría sin respiración. Pero no fue necesario, porque las cosas se arreglaron al instante.

Se arreglaron para él, claro.

Porque un coche, un «Maserati» azul se detuvo en aquel momento junto a nosotros. Y de una de sus ventanillas apenas asomó una pistola que se clavó en mis riñones.

—¿No te gusta Roma? Pues vas a dar un paseo, hermano…

CAPÍTULO IX

La parte posterior del «Maserati», donde me habían encajonado, era incómoda. Se trataba de un coche deportivo, construido para que fueran bien los dos de delante y se pudrieran los dos de detrás. Pero para aquellos tipos resultaba perfecto, porque yo no podía prácticamente moverme. La pistola se apoyaba en mi corazón, y cualquier movimiento agresivo me hubiera dejado seco.

Eran tres los enemigos que tenía en el coche: los dos que ya iban en él y el tipo a quien yo había estado a punto de capturar, el que por poco me mata en San Pedro. Rodábamos a buena velocidad por las cercanías del Coliseo, en dirección a la Vía Apia Antica.

Una vez allí, debido a lo estrecho de la calzada, no tuvieron más remedio que aflojar la marcha. No habían pronunciado una palabra en todo el trayecto.

Dejábamos a ambos lados campos cultivados y verdes. Veinte siglos antes las legiones romanas habían pasado por allí a conquistar el mundo y tal vez a morir. Hombres que dejarían sus huesos en Judea, en Siria, en las Galias o en España, me habían precedido por aquel mismo camino cargado de historia. Se parecían a mí en que yo también dejaría mis huesos en cualquier sitio, pero sin conquistar el mundo y sin ir tan lejos.

El motor del «Maserati» hacía un ruido desacompasado. Yo lo captaba casi con ansiedad, como si fuera el latido de un corazón humano.

Tenía la esperanza de que se produjese una avería, antes de llegar a la tumba que me tenían destinada. Y eso no era tan difícil, pese a tratarse de un coche que valía quince millones de liras.

Mis enemigas daban señales de impaciencia.

—¿Pero qué le pasa a este trasto?

—Fuérzalo un poco, a ver sí se anima, maldita sea…

El «Maserati», con un ronquido final, se detuvo al borde del

camino, cerca de un riachuelo y un puente.

Los pistoleros se acusaban mutuamente, en un rápido italiano que yo apenas podía entender.

—Lo forzaste demasiado desde Florencia hasta aquí.

—¡Idiota! ¡No todo el mundo puede llevar un coche como éste!

Yo les escuchaba sin hacer un movimiento, pero con todos los músculos prestos para la acción.

Sabía bien lo que ocurre con los «Maserati». Son muy rápidos, pero poco resistentes. Cada quinientos kilómetros tienen que ir al taller para reglaje y puesta a punto. En este sentido un simple utilitario le aventaja, pero, claro, con él no se presume tanto.

Los fulanos, que debían haber llegado desde Florencia en un tiempo récord, parecían haberse olvidado por unos momentos de mí.

Mientras discutían acaloradamente, tendí la mano hacia la portezuela. La abrí bruscamente.

Tres rostros se volvieron hacia mí. Salté como un puma en dirección al riachuelo, mientras a mis espaldas sonaban dos taponazos.

Di varias vueltas de campana por el desnivel, hasta llegar al agua. Suponía que el puente iba a servirme de refugio, pero me llevé un desengaño. Sus pilares eran demasiado estrechos y no ofrecían ningún escondite. A aquellos tipos les bastaría venir uno por cada lado para acribillarme.

En cierto modo les había facilitado las cosas, porque el sitio en que me encontraba ahora era mucho más solitario que el camino.

Les oí descender, lanzando gruñidos. Busqué desesperadamente algo que me permitiera defenderme.

Sólo había piedras. Tomé con mi derecha una y aguardé conteniendo la respiración.

El primero en llegar fue quien recibió el obsequio La arrojé con todas mis fuerzas y a su cara, antes de que me viese. Se oyó un chasquido y sus facciones se cubrieron de sangre.

Soltó la pistola y quise saltar para apoderarme de ella, pero no llegué a tiempo.

Una bala me obligó a parapetarme tras el pilar del puente. El tipo de la pedrada ya se iba recuperando y acababa de volver a empuñar su pistola.

Estaba acorralado.

Disparaban con silenciador, de modo que no me cabía ni la esperanza de que alguien llegase hasta allí, atraído por el tiroteo.

Miré aquel riachuelo que no había visto nunca y que nunca más volvería a ver. El destino tiene cosas muy estúpidas. Si me hubiesen dicho un mes antes que yo iba a morir cerca de Roma, me habría echado a reír; y sin embargo allí estaba. Iban a cazarme como una liebre. Dos pistoleros venían por mi derecha. Otro por mi izquierda.

«Voy a palmarla sin saber lo que representaba aquel extraño cuadro», pensé.

El rostro de uno de mis enemigos apareció por el borde del muro. Me apuntó. Me habían traído hasta allí para liquidarme, de modo que todas las explicaciones sobraban.

Aunque aquella muerte fuera estúpida, no iba a echarme a temblar en el último momento. Miré al negro ojo de la pistola cara a cara, mientras trataba de reír sardónicamente.

Para una foto hubiera quedado estupendo. Pero nadie se iba a preocupar de sacármela.

El individuo cerró el dedo sobre el gatillo. Y en aquel momento se oyó una detonación.

Vi que el hombre caracoleaba en el aire. No comprendí en el primer momento qué era lo que sucedía, hasta que se derrumbó casi a mis pies. Tenía la nuca deshecha. Una bala de buen calibre le había atravesado la cabeza de parte a parte.

Los dos corrían alocadamente.

Por lo visto había aparecido un enemigo a su espalda, y trataban de ponerle a cubierto. En el primer momento pensé en la policía, aunque ésta no tira sin avisar y buscando la nuca.

Los taponazos de los silenciadores llenaron por unos instantes el aire. Los fugitivos respondían al fuego. Se oyó un nuevo disparo y oí un agudo grito.

Otro de los tipos acababa de desplomarse. Éste tenía un redondo y terrible agujero en mitad de la frente.

El tercero ya había huido por unos cañaverales cercanos al riachuelo. Pronto no se distinguió de él ni siquiera Un leve rasgo. Me asomé entonces, tratando de ver quién era el que me había salvado la vida.

Y aquí vino mi nueva sorpresa, porque no vi a nadie.

Sólo capté el ruido de un motor en la carretera. Sin duda habían disparado desde allí, empleando una pistola de cañón largo, de las que hacen buenas punterías. Pero no se distinguía a ningún ser vivo.

Traté de llegar cuanto antes a la pista asfaltada. Ascendí por el terraplén con toda la velocidad que me permitían las piernas. Y lo único que pude ver fue la parte posterior de un coche que se alejaba a gran velocidad; por su aspecto me pareció un «Lancia», pero no estaba seguro. Su cristal trasero tenía echadas unas cortinas, por lo que me era imposible ver la persona que conducía.

Me habían salvado la vida y no podía saber quién. Tenía que quedarme con el misterio. Porque ahora estaba seguro, además, de que aquello no lo resolvería nunca.

No me atreví a manipular en el «Maserati», por temor a que alguien viniera mientras tanto. Regresé a la capital a través de los campos, procurando que nadie me viese y alejarme además, todo lo posible, de los muertos. Cuando llegué de nuevo al hotel estaba rendido, pero mi cansancio no era físico solamente.

Una tremenda depresión moral me había acometido, me había vencido por completo.

Me desnudé, me volví a duchar y me tumbé en la cama. Había momentos en que aún me parecía estar oscilando sobre las losas de la plaza de San Pedro. Mientras tanto la Vía Nazionale, dónde está el «Speria», se había ido animando. Empezaba a anochecer. La gente salía del trabajo y se detenía en los cafés, en los quioscos. Se hablaba de política, de deportes y también, ¿cómo no? de dinero y de mujeres. Hasta la plaza de Venecia y el Corso, todo aquello era un río de gente. Me pregunté si alguien había descubierto los cadáveres y si la policía me estaría buscando.

Telefoneé a la agencia de transportes «Crispoli» y ocurrió lo que esperaba: nadie había enviado unos camiones a Florencia; nadie había hecho el servicie por el que yo preguntaba. Y pensé que no tenía ningún motivo para dudar de su palabra.

Por alguna razón alguien había querido apoderarse de *todo* lo que había en la casa de Marta. Como un robo en tal escalada era imposible, se recurrió a una ficción legal, a simular que era un juzgado el que ordenaba el traslado de los bienes. Esa orden la consiguió Rosanna muy fácilmente mediante el procedimiento que

yo sabía. Luego Rosanna, cumplida su misión en el juzgado, desapareció. Su último «servicio» fue enviarme a la muerte, al ver que yo preguntaba demasiado. Unos camiones con nombres falsos sirvieron para rematar la comedia. Nadie podía decir ahora dónde diablos habría ido a parar todo aquello.

Cerré un momento los ojos y decidí que a la mañana siguiente volvería a Florencia. Si me dejaban, claro. Porque empecé a decirme que quizá iban a repetir el golpe y que mi primera precaución debió haber sido cambiar de hotel. Dormí con un ojo cerrado y otro abierto, pero no ocurrió nada. Ninguna señorita se equivocó de habitación, queriendo entrar en la mía. Fue una noche plácida.

Como de costumbre, Marta estaba trabajando en la galería de los Ufizzi. Su tez adquiría una delicadeza casi irreal a la leve luz que penetraba por las ventanas aquella mañana nubosa. Sus ojos se movían hábilmente, pero también con lentitud, en un trabajo que unía la precisión del científico a la inspiración del artista. Me di cuenta de que el cuadro estaba casi igual; aquél, por lo visto, iba a ser un trabajo que le ocuparía mucho tiempo.

Me acerqué en silencio y miré por encima de su hombro.

No cabía duda. La cara de la mujer que reía era la misma que la de la mujer que murió dos noches antes. La sensación de lo misterioso, de lo incomprensible, se hizo para mí casi angustiosa. Ella siguió trabajando, sin mirarme, pese a haber notado que yo estaba allí.

—Deberías haber procurado descubrir ya la cara de la bruja —musitó.

—¿Por qué?

—Sabrías qué aspecto tendría y te quitarías de encima una buena pesadilla.

—No puedo.

—¿Hay alguna razón?

—Sí. Un cuadro de esta clase no puede ser tratado alegremente. Debe seguirse un orden lógico. Para no estropearlo, deberé limpiar otras zonas antes de llegar a la que corresponde al rostro de la bruja.

Las llamitas volvían a brillar en el fondo de sus ojos cuando me miró. Noté que su boca temblaba.

—Marta, tú tienes miedo —susurré:

—Sí. Mucho.

—Si te preguntara las razones, me darías una montaña de ellas. Me hablarías de la momia. Me hablarías de la mujer que murió en tu casa. Pero yo quiero preguntarte por la razón profunda, por la que está en el principio de todo. Tú ya tenías miedo antes de que todo eso empezara a suceder. ¿Cuál fue la causa?

En el pasillo solitario, su voz apenas fue un soplo inaudible.

—Van a matarme.

—De acuerdo, ¿pero quién?

—La bruja.

Reí sin ninguna gana.

—¿Qué tontería estás diciendo, Marta?

—Es algo que ya ha empezado a suceder. No puedo evitarlo. Sé que me corresponde a mi pagar por todos los que murieron antes que yo. Y te juro que ya empiezo a estar resignada.

Chasqué dos dedos. Afortunadamente no se acercaba ningún grupo turístico y ningún guía presuroso. Estábamos tan solos allí como podíamos estarlo en mitad de un desierto.

—¿Por qué habías de morir en nombre de otros? —farfullé—. ¿Quizá una maldición que afecta a toda tu familia?

—Me afecta sólo a mí, ya que soy la única descendiente de los Verona. ¿Pero cómo lo has adivinado?

—No sé… Dentro de lo ilógico que es todo esto, me parecía lo más razonable.

—En Italia hubo muy pocos procesos contra las brujas —musitó en voz baja, como si de pronto sintiera la necesidad de dar suelta a sus recuerdos—. Los países católicos eran en ese aspecto mucho más tolerantes que los nórdicos, donde no se cree en la libertad del espíritu humano, y sí mucho en la intervención de los espíritus malignos. Pero sin embargo hubo algún caso, claro. Por ejemplo aquí, en Florencia. Fue un antepasado mío quien hizo levantar dos o tres hogueras. Supongo que injustamente, como solía ocurrir en todos esos casos.

Se retorció los dedos con angustia. Todos aquellos recuerdos, sin duda, la atormentaban. Hube de ser yo quien la alentó:

—Sigue.

—Una de las mujeres sacrificadas le maldijo. Le aseguró que

volvería, cuando en su estirpe ya no quedara más que una sola persona, y que le haría sufrir todo lo que ella sufrió. Esa persona soy yo, Barton. La estirpe de los Verona termina conmigo.

—Es ridículo —dije—. No se me ocurre otra cosa: sencillamente ridículo.

—La tradición se ha ido transmitiendo de padres a hijos —continuó ella, sin hacerme caso—. Todos los que morían lo hacían desasosegados por el mismo temor: el temor de que la amenaza llegara a cumplirse algún día. Y por eso procuraban tener muchos hijos, para que la estirpe no desapareciera. Sin embargo ya sabes tú que las viejas familias, muy encerradas en sí mismas, y que no admiten sangre nueva, tienden a extinguirse. Ahora sólo quedo yo.

Sin mirarle, acarició el pincel que apenas rozaba con sus dedos.

—Es hora de que la maldición se cumpla —prosiguió—. Lo he sabido desde hace tiempo, pero he procurado no creer en ella. Sólo cuando desaparecieron los muebles me dije a mí misma que algo extraño sucedía. Luego vi en el cuadro el rostro de una mujer que recordaba haber visto antes; entonces supe que esa mujer vendría. Y vino. Tú mismo fuiste testigo. Quería matarme.

—Pero alguien la mató antes a ella.

Dijo con voz desmayada:

—Sí.

—Y ahora quieres saber cuál es el rostro de la bruja —musité—. Crees que también corresponde a una persona viva, una persona que está en Florencia y que puede matarte.

Balbució de nuevo:

—Sí.

—No creo que ese cuadro tenga demasiado valor —dije—. Podías haberlo tratado con menos cuidado; podías haber descubierto ya el rostro de esa mujer. ¿Por qué no lo has hecho?

—Tengo miedo.

—¿Miedo de saber qué cara tiene tu enemiga? ¿La cara de la mujer que ha de matarte?

—Sí.

—¡Qué tontería! ¿Pero no te das cuenta de que es así como te librarás de la pesadilla? Verás una cara que en nada se parece a las que tú conoces. Sencillamente una cara de una persona que ya no existe y que quizá no ha existido nunca, porque el pintor pudo

perfectamente imaginarla. Ése es el único medio que tienes para librarte de tus estúpidos temores. ¡Empléalo!

—No me atrevo —dijo con voz tensa.

—Pero deberás hacerlo tarde o temprano. Supongo que querrás terminar el trabajo que te encomendaron.

—Desde luego.

—Entonces más vale que salgas de dudas ahora. No lo dejes para después, créeme.

No me contestó.

Sin duda el miedo era más fuerte que ella misma. Me apoyé en una pared y, sin querer insistir en aquello, dije pensativamente:

—Estuve en Roma. La agencia que transportó tus cosas no era la que figuraba en los nombres de los camiones. Seguramente no existió ninguna agencia. Ah… Y trataron de matarme.

Me miró con asombro, parpadeando, como si no me creyera.

—No fueron brujas —murmuré—. Las brujas no emplean pistolas con silenciador ni coches marca «Maserati». Por suerte, cuando menos lo esperaba ya, me salvó alguien que iba en un «Lancia», pero no pude saber quién era. Sólo de una cosa estoy seguro, Marta: de brujas, ni hablar…

Chasqué dos dedos y musité:

—Te veré este mediodía. Procura haber pensado para entonces en todo eso.

Me alejé por el largo pasillo y doblé uno de sus recodos. También estaba vacío. Bueno, vacío en parte. Porque ante uno de los cuadros, contemplándolo con atención, se hallaba una mujer.

Mi garganta se contrajo bruscamente cuando la reconocí. Me quedé petrificado.

—¡Rosanna!

Ella me miró. Sus ojos estaban helados.

Y volvió la cabeza, sin dedicarme más atención.

—Oiga, muñeca —dije—, usted estaba en el juzgado y luego se esfumó. Hizo un trabajo muy bonito, falsificando una orden de embargo y luego enviándome para que me amortajaran a la Via Salvatore. Creí que no la encontraría nunca más, pero ya que he tenido la suerte de verla, vamos a aclarar unas cuantas cosas. Y me contestará a todas las preguntas que lo haga si no quiere que visitemos a la policía.

Ese rápido discurso no pareció impresionarla demasiado. Me miró con sus hermosos ojos que estaban increíblemente vacíos como muertos.

—Claro que iremos a la policía —susurró—. Ese truco es demasiado viejo.

—¿Qué cree que intento?

—Lo que intentan todos. Que si nos hemos visto antes en alguna parte. Que vaya una casualidad. Que si hay que tomar unas copas para celebrarlo. Y que si todo lo demás.

Parpadeé.

La verdad es que, después de lo que había sucedido, hubiera esperado cualquier cosa menos aquello. Hasta dudé de que no fuera Rosanna, y sí una hermana gemela suya. Pero eso de las hermanas gemelas ya no sucede ni en las películas, de modo que no me lo tragué. Sin duda era ella. La sujeté brutalmente por un brazo.

—La comedia ya ha durado bastante, nena.

—¡Déjeme!

No la dejé. Claro que no lo hice. Era mi pista y estaba dispuesto a seguirla hasta el final. Intentó revolverse, pero no consiguió que se aflojara ni uno solo de mis dedos.

—Llamaré a la policía.

—Eso es lo que estoy deseando —mascullé.

Ella iba a ceder. Estoy seguro de que en ese momento yo iba a conseguir lo que quería.

Y fue entonces justamente cuando oí aquella voz:

—De modo que lo has intentado con otra…

Me volví, soltando a Rosanna. Mónica Lindsay estaba a poca distancia y me miraba con los ojos entrecerrados. Sus facciones parecían destilar un secreto rencor. Para mí, que se habían vuelto de color ceniza.

—¿Qué piensas que estoy haciendo? —murmuré.

—Nunca sospeché que cayeras tan bajo.

—¿Pero qué demonios te has creído?

—No eres capaz de subir un piso y en cambio eres capaz de perseguir por toda Italia a una chica inocente como ésa.

Parpadeé. La chica inocente había aprovechado la ocasión.

Bajaba disparada por unas escaleras. Aprovechando mi momentáneo desconcierto, se había librado de la presión de mis

dedos. En sólo unos segundos la perdí de vista.

—Hablaremos de eso más tarde, Mónica —dije.

—No. ¡Lo hablaremos ahora!

—Tengo trabajo.

—Sí, ya veo qué clase de trabajo. No supondrás que el director te paga para eso, ¿verdad?

—Seamos claros, qué cuerno. Lo primero que hace el director es no pagarme.

—¡Barton!

—¡Déjame en paz!

Descendí por las escaleras, saliendo a la calle. Pero la tentadora silueta de Rosanna no era visible por ninguna parte, y eso que a las chicas como ella se les nota la línea de las caderas a dos millas de distancia, puedo asegurarlo.

Volví a entrar, confuso. Pensé que se habría escondido en el museo. Era tan grande que podía perfectamente desorientarme allí. Casi sin darme cuenta me encontré de nuevo en el lugar donde estaba trabajando Marta.

Y entonces tuve una buena sorpresa. Porque Rosanna estaba con ella.

Como si no hubiera ocurrido nada, miraba tranquilamente su trabajo, mientras de vez en cuando hacía signos de aprobación.

—Eso debe ser muy difícil —comentó.

—Lo esencial es no estropear la tela que hay debajo.

—Es decir, lo que vale es la primera pintura, no la segunda. Es la que está debajo, no la que está encima.

—Exacto.

Todo aquello me parecía un poco irreal, como si yo no lo estuviera viendo de verdad.

La tranquilidad de Rosanna me desconcertaba. Cada vez tenía la sensación de encontrarme ante una mujer distinta.

—Se ven algunos rostros ya con mucha claridad —decía—. ¿Qué representa todo eso?

—El suplicio de una bruja en una ciudad holandesa.

—¿Es auténtico el cuadro?

Marta dijo con voz débil:

—No lo sé, no podría asegurarlo.

Rosanna sonrió.

—Hermoso trabajo —dijo mientras se alejaba—; me gustaría ser capaz de hacerlo yo.

Contemplé el balanceo de sus caderas con expresión incrédula, mientras se iba hacia el otro extremo del pasillo.

Decidí no seguirla allí. Resultaba mejor esperar a que saliera.

Lo hizo sin prisas, como una visitante que quiere recrearse con los cuadros. Yo iba tras ella. Me di cuenta de que Mónica se había evaporado en aquel breve lapso de tiempo.

Fui detrás de la hermosa mujer. La vi salir a la plaza y perderse entre la multitud de turistas que admiraban las esculturas de Miguel Ángel. Varios coches estacionados a poca distancia parecían aguardarla.

Noté que iba a subir a uno de ellos. Me dispuse a correr para que no se me escapara.

Pero esta vez tuve mala suerte. Fue simplemente eso: mala sombra. El gigantesco autocar rojo que se cruzó en mi camino por poco me atropella. El conductor, un alemán de facciones coloreadas, asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Es que no ve, idiota? —me preguntó en un italiano lamentable.

Tuve que dejar que el autocar pasara por delante, ya que no podía meterme entre sus ruedas. Rodaba con una lentitud exasperante. Cuando al fin aquella muralla desapareció de delante de mis ojos, Rosanna ya no estaba. Sólo pude ver un coche que se alejaba a buena velocidad, en dirección a la oficina de correos. Unos segundos después se había esfumado de mi campo visual.

Cada vez entendía menos aquello. Cada vez me sentía más preso en el condenado laberinto de mis pensamientos.

Decidí entonces que lo plantaría todo. Que regresaría a los Estados Unidos. Al fin y al cabo lo que iba a ganar en Italia era una condena a veinte años de cárcel, puesto que había ayudado a ocultar un cadáver y era sospechoso de asesinato.

Hablaría con Mónica de todo eso. La convencería para que regresáramos cuanto antes.

Y por esa razón volví al hotel, mirando, eso sí, hacía todas las esquinas, no fueran a hacerme quedar en Florencia para siempre.

CAPÍTULO X

Mónica Lindsay estaba tendida en mi cama, así, tan tranquila. Leía una revista y no hizo el menor gesto al verme entrar.

Sólo cruzó un poco mejor las piernas, y a causa de la postura en que se hallaba necesité apoyarme en una de las paredes.

—Vaya —murmuró—. Por fin has vuelto.

Sólo fui capaz de decir:

—Sí.

—He tenido que ser yo la que bajara un piso.

—No creo que lo hayas hecho para convertirte en una chica fácil, Mónica. Más bien quieres torturarme.

—Tal vez.

—Deseas hacerme una prueba. Ver de lo que soy capaz, para luego denunciarme al tigre de tu amiguito.

—¿Mi amiguito?

—Mira, nena, no estamos haciendo un ejercicio escolar. Los dos sabemos qué terreno pisamos, o al menos tú. Si el buitre del director sabe que te he atacado sin conseguir nada, me despedirá, con lo cual tú ganarás una cosa: que sienta un renovado interés por ti. Que te considere como una joya que otros han intentado arrebatarle. Es igual que la mujer que da celos al marido para que el marido se anime y se dé cuenta de lo que tiene. Más o menos.

Ella sonrió, haciendo más sugestiva su postura.

—Te equivocas, Barton. Eres un fantasioso.

—¿En qué me equivoco?

—Estoy harta del director. Estoy harta de todo esto.

Me pareció sincera. Por un momento me fijé en su cara más que en las otras cosas que estaba exhibiendo.

—Pues con tus piernas has llegado muy lejos, muchacha. Pero no andando precisamente. ¿Y ahora sales con que estás cansada? No, no morderé ese hueso. Tú eres ambiciosa. Si piensas abandonar

lo que ahora tienes, es porque se te ofrece una perspectiva mejor.

—Tal vez.

—Entonces no juegues conmigo. Soy de los que resisten diez minutos solamente, y ya han pasado nueve. Sal de aquí, arréglate las medias en tu habitación y dime cuándo volvemos a los Estados Unidos.

Se sentó en el borde del lecho descuidadamente.

—¿Tienes ganas de volver?

—Ya estoy harto de todo esto.

—Creí que Italia te gustaba.

—Estoy harto por otros motivos.

—Bien… No tengo nada que objetar. Hemos de volver muy pronto, pero antes el trabajo tiene que estar hecho. Y tú, que yo sepa, no has escrito ni una línea.

—Correré el riesgo de que me despidan. Todo es mejor que…

—¿Qué? —preguntó, al notar que me había interrumpido.

—Mejor que volverme loco —mascullé—. Están ocurriendo cosas que tú no sabes, que no puedes sospechar. Y preferiría dejarlo todo ahora.

—Me asustas, Barton… No te entiendo.

Se había acercado a mí. Me sentía envuelto en el perfume especial de su piel, de su aliento. Creo que nunca había visto unos ojos tan brillantes como los de Mónica, y al mismo tiempo tan peligrosos. Su boca intensamente roja era como una fruta madura y fresca.

La besé de repente, sin pensarlo.

—Lo siento —murmuré.

—No te conviene, Barton.

—Estoy seguro de ello.

—Yo soy una mujer que sabe por dónde va. Y tú eres un buen muchacho, pero sin ambiciones.

No contesté. Su voz, no sé por qué, me parecía odiosa.

—Se nota que no tienes ambiciones en que estás dispuesto a aceptar cualquier lío aunque no te proporcione beneficios. Te dejarías matar sin saber por qué. ¿Es eso cierto?

Tuve que reconocer que sí. Aunque no dije una palabra, mi expresión estaba confirmando las suyas.

En efecto, había estado a punto de morir varias veces y, ¿por

qué? No lo sabía. Me había convertido en el cómplice de un crimen, estaba metido hasta las orejas en un lío donde se mezclaban las brujas, las momias y los pistoleros, ¿y por qué? No, no lo sabía. Debía ser cierto eso: que no llegaría a ninguna parte porque aceptaba los líos sin pensar en las consecuencias.

—Por eso quería marcharme —dije—. Porque ya me he cansado.

—¿Te has cansado de qué?

—De muchas cosas. Quizá todo esto no tenga sentido para ti, pero para mí lo tiene. Y ahora perdóname. Esta misma noche escribiré el artículo sobre la ciudad. Al director le gustará, estoy seguro. Y podremos irnos.

Ella arregló un poco el escote de su vestido.

—Bien.

Iba a salir, dando por terminada la conversación, pero entonces noté que se le había caído algo al suelo. Era un pedazo de papel doblado que debía llevar oculto no sé dónde, quizá bajo la cadena de su reloj. Me incliné y se lo di. Fue al recogerlo en el suelo cuando pude leerlo, pues se había desdoblado. Decía sencillamente: «Conde Camilo Arone».

—Se te había caído, Mónica.

—Gracias. Es la dirección de alguien que me proporcionará material fotográfico de calidad, en caso necesario.

No le contesté. Al fin y al cabo aquello no tenía importancia. La vi salir como los enanillos debieron ver salir a Blancanieves de su choza.

Miré mi habitación, una vez estuve a solas. Todo estaba impregnado del perfume, de la invisible sensualidad de la mujer. ¿Quién dice que no existen ya las brujas? Yo estaba metido entre tres de ellas, y a cuál más peligrosa: Mónica, Rosanna y Marta. Desde que me hicieron entrar en su órbita, en su campo de acción, la verdad es que estaba como trastornado, y aquello tenía que acabar mal.

Tomé la guía telefónica y busqué: «Camilo Arone». Era un conde, en efecto, o al menos así constaba junto a su nombre. Pero no tenía ningún establecimiento de artículos fotográficos.

Decidí de una manera inconcreta que iría a verle cuanto antes. Quería saber quién era aquella amistad que Mónica había hecho en los pocos días que llevaba en Florencia.

Las manos abrieron el libro.

> «… Y la bruja Lagerloff dijo que ella volvería. Que sus poderes satánicos no sólo le permitían invocar a los muertos y hacerlos regresar a la tierra, sino que ella misma, un día, aunque hubieran pasado muchos años, haría también acto de presencia entre los vivos. Y que los que hubiesen de sufrir su venganza la reconocerían. Y que esa venganza sería larga, lenta y terrible.
>
> »Y la bruja Lagerloff fue atada a la escalera, como lo había sido la bruja Guntar. Y cuando se la enfrentó a la hoguera dijo que ella nunca moriría del todo. Prorrumpió en gritos que hizo que algunas mujeres se taparan el rostro. Y aseguró que muchos sufrirían peores suplicios que los que ella iba a sufrir ahora.
>
> »Y cuando fue lanzada a la hoguera, muchas persogas no quisieron verlo. Sólo el poder del malo podía explicar la resistencia de la bruja Lagerloff y lo mucho que ella tardó en morir. Algunos de los niños que cantaban se desmayaron. Y aquél no fue ya un día de alegría, sino de luto para la ciudad entera».

El relato terminaba allí. Las manos cerraron lentamente el libro dejándolo sobre la mesa. Y aquellas manos temblaban.

CAPÍTULO XI

La villa donde, según la guía telefónica, vivía el conde Camilo Arone se hallaba en las afueras de la ciudad, cerca de la autopista Un hermoso prado verde terminaba en una verja muy blanca, que era la frontera de sus dominios. Más allá se veían árboles, caminillos entre la hierba y al fondo los detalles, pero al menos pude hacerme una idea de la situación.

Lo peor que podía ocurrirme era que hubiese perros en el parque en el que iba a penetrar, pero no oía ningún ladrido. Salté la verja y corrí agazapado sobre la hierba, buscando la protección de los árboles cercanos.

Sólo oía el susurro del viento entre las hojas.

Cuando estaba a unas cien yardas de la casa, me di cuenta de que sólo en algunas pocas ventanas había luz. Palpé mis tobillos, donde no llevaba más armas que una navaja. Quieto junto al tronco de uno de los árboles, aguardé expectante.

No se había producido ninguna alarma.

Nadie parecía vigilar en torno a la casa, que tenía el aspecto de una villa de lujo como tantas otras.

Bueno, eso creía yo.

La bala, disparada también con silenciador, se clavó en el tronco del árbol a menos de una pulgada de mi cabeza. Pequeños pedazos de madera saltaron a mis ojos, dejándome ciego durante unos segundos. Me acurruqué velozmente, dejándome llevar por el instinto.

Fue eso también lo que me salvó, porque cuando la segunda bala vino a mi encuentro yo ya no estaba en el mismo lugar que antes.

Vi el leve fogonazo a poca distancia, apenas unas diez yardas. El tirador era uno solo y avanzaba confiado hacia mí al darse cuenta de que no llevaba armas. Su honesta intención era rematarme allí mismo; eso se veía bien claro.

Había abierto la navaja, cuyo mango estaba cuidadosamente contrapesado. No soy un lanzador de cuchillos, y esta vez me jugaba la vida, de modo que puse los cinco sentidos en el gesto que hice a continuación. La hoja de acero salió despedida como una leve estela de plata.

Oí un leve gemido.

La sorpresa de mi enemigo había sido tan grande que no fue capaz ni de gritar. Alcanzado en el centro del corazón, se derrumbó como un fardo. Me mantuve expectante durante algunos segundos, por si se movía, pero ya no lo hizo. Sigilosamente me acerqué a él y le volví de cara al cielo.

La cuchillada había sido certera, mucho más de lo que yo mismo me atreví a esperar. Su corazón había sido atravesado de lleno. Su muerte debió resultar instantánea.

Le arrebaté el arma. Era una magnífica «*Parabellum*» con doble cargador y un silenciador de garantía. Podía estar disparando dos semanas seguidas con aquello sin que me oyese nadie. Comprobé que estaba montada, la empuñé y avancé de nuevo hacia la casa.

Era de suponer que ya no tendría ningún otro tropiezo, pero esta vez estaba prevenido.

Tiro bien con pistola, pues un detective privado, aunque sea de los malos, como yo, necesita practicar con frecuencia. Si alguien se cruzaba en mi camino, iba a enviarlo con carta de recomendación y todo al Valle de Josafat.

Pero no ocurrió nada.

Pude llegar hasta la casa y forzar sin gran esfuerzo una de las ventanas. Me encontré en un dormitorio donde no descansaba nadie. Lo crucé y, por medio de una puerta acolchada, salí a un despacho también vacío. Los muebles eran de calidad, lo que, unido a la magnificencia de la finca, indicaba que el conde Camilo Arone era un tipo capaz de enterrar a sus amiguitas en billetes de mil liras. Abrí otra puerta y entonces me encontré con una nueva sorpresa.

Ésta fue de una índole especial. Debo reconocer que no pensaba ya en nada de aquello. Pero sólo al entrar en la habitación, reconocí aquellos muebles apilados de cualquier manera.

Muchos habían sido rotos, como para buscar en sus entrañas. Otros tenían la tapicería rasgada. Los más aún estaban intactos, pero cualquiera hubiese comprendido que no habían sido traídos

allí para restaurarlos, sino para someterlos a un registro masivo y brutal.

Tragué saliva penosamente.

Eran los muebles de Marta Verona.

Los mismos que le fueron arrebatados con engaño.

Los que, al parecer, contenían algo que allí estaban dispuestos a descubrir a toda costa.

Quedé paralizado unos minutos.

El asombro era más fuerte que yo. Llegué a perder la noción del tiempo y del peligro en que me encontraba.

Hasta que oí aquel leve chasquido a mi espalda. En la última fracción de segundo me di cuenta de que debían estar apuntándome ya. Me contorsioné desesperadamente.

La bala, también disparada con silenciador, arrancó astillas a la puerta. El individuo que había estado a mi espalda, a unos cinco pasos, no tuvo ocasión de repetir el tiro.

Disparé por debajo del codo, sin volverme apenas. Era una manera de hacer fuego muy característica del viejo Oeste y que yo tenía muy bien estudiada. Sonó un taponazo, y el tipo se contorsionó. Su pistola salió despedida hasta el techo y luego cayó a mis pies. Su dueño había recibido la bala cerca del corazón y aún se contorsionó desesperadamente unos instantes, en el suelo. Luego quedó inmóvil para siempre.

Supe entonces que me encontraba en la boca del lobo y que tenía que actuar con arreglo a eso. Ni una vacilación más. La muerte me estaba amenazando por demasiados sitios para poder permitirme el lujo de distraerme.

Iba a penetrar en la sala donde estaban los muebles cuando por otra puerta hicieron acto de presencia tres tipos a quienes no había visto jamás. Uno iba muy bien vestido, y los otros tenían aspecto de matones alquilados. No les faltaba ni el detalle de las fundas sobaqueras que llevaban bien visibles, conteniendo revólveres de cañón corto. Uno llevaba además un arma que dejó en uno de los ángulos de la pieza, y que desde el primer momento me llamó poderosamente la atención.

Era una escopeta de cañones aserrados, y que sin duda debía estar cargada con postas. Era la clásica arma para una «lupada» como la que me habían dedicado en la Via Salvatore. Y que me

pinchasen con diez clavos a la vez si aquellos tipos no eran los que me recibieron tan amablemente.

Aquello cambiaba muchas cosas. Y explicaba muchas más.

Debí hacer ruido mientras pensaba en pasar a la acción. De repente los tres rostros se volvieron hacia mí. El tipo de la escopeta lanzó una maldición, mientras trataba de recuperarla.

Era un arma terrible a aquella distancia, y además viéndome con claridad como me veían. De modo que no vacilé.

El fulano ganó el primer premio.

Le vi dar una voltereta, mientras recibía la bala en la cabeza, y luego empotró de cabeza en los muebles. El otro fue a sacar su revólver chato de la funda axilar.

Tampoco le dejé. Estaba dispuesto a llegar tan lejos como hiciera falta, y además ya no podía volver atrás. Apreté el gatillo.

No tuvo ningún mérito especial alcanzarle, porque estaba cerca ya, además yo contaba con la ventaja de mi mejor situación. En todo caso lo que tuvo mérito fue dejarle seco a la primera. El tipo ni se movió. Tal como estaba, cayó de espaldas igual que un poste y quedó inmóvil para siempre.

El tercero, el que iba mejor vestido, no se atrevió a hacer ningún gesto. Me miró como un alucinado mientras yo avanzaba poco a poco hacia él.

—No… no tire —farfulló.

—¿Y por qué no había de hacerlo? ¿Ha llegado o no la hora de ajustar cuentas?

La verdad era que no deseaba ajustar cuentas a nadie, al menos por ahora. Lo único que deseaba era aterrorizar a aquel tipo y tenerlo bien sujeto. Y lo estaba consiguiendo, porque le vi temblar ostensiblemente.

—Le daré una parte —murmuró.

—¿Una parte de qué?

—No se ría de mí.

No me reía, claro que no. Pero me quedé quieto mirándole, sin decir una palabra más. En aquellas circunstancias, necesitaba dejar que fuera él quien hablase.

—Usted ha venido de América solo para eso —musitó—. Para llevárselo todo.

—Sí —dije.

Todos mis nervios estaban en tensión. Bebía materialmente cada una de las palabras de aquel tipo.

—Hemos hecho lo posible para eliminarle —reconoció, hundiendo la cabeza—. Lo de la Vía Salvatore; lo de la plaza de San Pedro; lo del riachuelo cercano a Roma donde alguien le salvó. Hasta ahora ha sido imposible matarle, y sé que nada conseguiremos ya. Sus hermanos de América le han elegido bien. No creí que encontraran un tipo de su clase.

Me pasé una mano por la boca, mientras seguía apuntándole con la otra. ¿Un tipo de mi clase? De modo que yo era algo así como un asesino invencible y no me había enterado siquiera… La verdad era que si aquel tipo llega a saber lo que yo pensaba, se me sienta encima. Pero no lo imaginaba, sino todo lo contrario. Creía que yo iba a matarle de un momento a otro.

—¿Mis hermanos de América? —musité.

—¿Para qué vamos a andar con circunloquios? Usted sabe perfectamente que soy el conde Camilo Arone. Ignoro cómo ha llegado hasta aquí, pero de un tipo como usted puede esperarse cualquier cosa. Bien… Ahí lo tiene —y señaló los muebles—. No hemos encontrado nada.

—¿Nada?

—Le sorprende, ¿verdad? Usted pensaba, como yo, que debía estar ahí. El padre de Marta Verona hizo durante años negocios con ustedes, con la Mafia americana. ¿Pero para qué se lo explico si ya lo sabe de sobras? ¡Infiernos! Todo marchó bien hasta que nos hizo traición. A ustedes y a nosotros. Él era un simple intermediario en el tráfico de drogas, uno de esos tipejos que por su nombre y su dinero no despiertan sospechas. Llevaba la mandanga de Palermo a Florencia, y desde aquí la despachaba a América. Nosotros se la vendíamos en Sicilia y él nos pagaba aquí. Hasta que durante algunos meses dejó de pagamos. Decía que eran ustedes, los americanos, quienes tenían la culpa, porque no le enviaban fondos. Por fin descubrimos el ajo y fuimos a liquidarlo, pero el muy gallina murió antes de muerte natural. No se pudo llevar el dinero a la tumba, ¿verdad?

Yo negué. Mis facciones debían ser impenetrables, mientras un rayito de luz se iba haciendo en mi cerebro. Dije:

—No.

—¡Pues entonces ahí tiene que estar! ¡Lo que le pagaron de los Estados Unidos y él no nos pagó a nosotros! ¡Doce millones de dólares nada menos! ¡Sé que los invirtió en diamantes, en joyas que pudieran esconderse bien! Y desde entonces intentamos registrar en casa de su hija, pero no terminábamos nunca. Ella misma, ¿sabe? ignora que su padre dejó eso. Hasta que al fin dimos con una idea para sacar todos los muebles de allí y poder registrarlos con calma. Una tal Rosanna, pudo introducirse en el juzgado como aspirante eventual. Su ayuda resultó decisiva.

—Lo sé.

—Pero no hemos encontrado nada —dijo el conde con voz desolada—. He empezado a creer que esos millones ya no existen.

—¿No ha probado en casa de Albert, el hermano del muerto? —musité.

Lanzó una especie de gruñido gutural.

—Claro que hemos probado. No soy tan tonto. Marta, además iba allí de vez en cuando, lo que nos hacía recelar aún más. Pero aquello sí que lo hemos registrado con calma aprovechando que la casa está vacía, y no hay nada. Seguro.

—¿Qué significaba allí la falsa momia? —pregunté—. ¿Qué comedia era ésa?

—Queríamos dar un susto de muerte a la muchacha, si se acercaba de nuevo por allí. No estábamos dispuestos a que nos estorbara en nuestras pesquisas, que aún continuaban. Eso era todo.

Yo entrecerré los ojos.

Cada vez iba entendiéndolo todo con mayor claridad.

—No, ese dinero no existe —siguió diciendo el conde, con voz desolada—. Comprendo que usted haya venido de América para recuperar al menos una parte, porque Verona también les engañó a ustedes, pidiéndoles dinero anticipado a cuenta de unos envíos de material que no llegaban. Engañó a todos, ese hijo de zorra… Pero le aseguro que no va a conseguir nada aquí. Puede creerme…

Estaba asustado. Pensaba que yo iba a balearle de un momento a otro, y la verdad era que no me faltaban deseos de hacerlo.

Pregunté:

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Disolver esto. No me queda otro remedio.

—Pero hay bastante gente complicada. No es tan fácil.

—Casi toda la gente complicada ha muerto. Usted y la persona que le ayuda han hecho un trabajo que no esperábamos.

La persona que me ayudaba… ¿Quién podía ser? Este punto yo no lo comprendía aún, pero necesitaba seguir adelante. Murmuré:

—Queda Rosanna.

—Rosanna morirá.

Quedé sin habla. Él notó la interrogación en mis ojos.

—Uno no puede fiarse de las mujeres —dijo el tipejo—. Sabe ya demasiado. Morirá como murió Herminia.

Herminia… Debía ser la que apareció muerta aquella noche en casa de Marta. La que estaba pintada en el cuadro de las brujas. Y el hecho de que Arone conociera su existencia y su trágico fin hacía que las cosas ya no parecieran tan sobrenaturales como antes, aunque sí igualmente terribles.

—¿Por qué tuvo que morir ella? —musité—. ¿Y por qué Rosanna?

—Ya se lo he dicho: porque saben demasiado y estorban. Y porque ése es el sistema para eliminar a Marta Verona. Para que ella no pueda reclamar nunca la herencia de los suyos y no estorbe nuestros planes.

«¿El único sistema de eliminar a Marta Verona?». ¿Qué sistema era ése? Las dudas volvían a asaltarme… La verdad era que no lo entendía.

Pero no tuve tiempo de aclarar demasiado las cosas.

De pronto los ojos de Arone brillaron. Fue eso lo que le delató, fue su rostro demasiado expresivo, como el de un buen meridional. Me di cuenta de que tenía alguien a mi espalda, pero esta vez ya era demasiado tarde. Oí el chasquido de la pistola al ser montada.

Fui a volverme.

Alguien disparó entonces desde una de las ventanas de la casa, pero no contra mí. Fue alguien a quien yo había allanado el camino eliminando al vigilante que había en el exterior. El tipo que iba a cazarme por la espalda cayó con la cabeza atravesada. Arone lanzó un grito, como si quisiera cobijarse.

No pudo.

Una bala le atravesó la cabeza también, clavándolo materialmente en la pared. Gimió espasmódicamente, mientras resbalaba sobre su espalda. No necesité más que una leve mirada

para darme cuenta de que estaba prácticamente muerto.

Pero ahora tal vez quisieran cazarme también a mí. Debía ser la misma persona que me había salvado otras veces, pero no sé por qué me dije que ahora todo resultaba distinto. Que las cosas habían cambiado.

Y así fue.

El brusco gesto que hice me salvó la vida. La bala se empotró en la pared, junto a mi cabeza. Lancé apenas un gruñido y disparé a mi vez, pero fue contra la lámpara.

Segué el cordón que la sostenía, y se vino al suelo, estrepitosamente. Una relativa oscuridad se hizo entonces en la habitación, lo suficiente para que no se me distinguiera con claridad. Corrí agazapado y me asomé a la ventana desde la que acababan de disparar, llevando la «*Parabellum*» por delante.

Pero no se veía a nadie. Mi misterioso salvador —y al mismo tiempo mi misterioso enemigo—, acababa de huir.

Salí yo también, sin saber adónde dirigirme. La cabeza me daba vueltas y mis sienes zumbaban. Lo único que anhelaba era alejarme pronto de allí, antes de que llegase la policía.

Mis pasos me llevaron al único sitio donde creía sentirme relativamente seguro: la casa de Marta. El viejo palacio vacío donde se había ocultado una verdadera fortuna sin que ella lo supiese.

¿Sin que ella lo supiese?…

CAPÍTULO XII

Marta estaba en su casa esta vez. Se había hecho traer un par de sillas para tener al menos donde sentarse, así como una cama plegable. Vi que había, además otras cosas junto a ella.

Un caballete con el cuadro que estaba restaurando.

Una paleta con pinceles y un cajón lleno de botellitas con productos químicos que a veces mezclaba en una probeta, y algunos de los cuales despedían un penetrante olor.

También estaba al alcance de su mano el libro que otra vez me había llamado la atención, en la casa de su tío Albert. Aquel libro que hablaba del juicio y muerte de dos presuntas brujas. No comprendía cómo podía estar allí.

Ella me miró. Sus labios apenas se entreabrieron para sonreírme.

—Es extraño que vengas a estas horas. Y pareces muy agitado.

—Pues… pues… pues sí. La verdad es que no vengo de divertirme.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ya te lo explicaré. Dime ante todo, ¿cómo está ese libro ahí?

—Lo traje de casa de tío Albert. Lo he leído muchas veces.

—¿Y has ido expresamente a buscarlo?

—Es que… me obsesiona.

Apreté los labios.

—¿Por qué?

—Tú sabes perfectamente que me matará una bruja. Sabes que me matará si no la mato antes a ella.

Sus ojos reflejaban desesperación. Era una mujer dominada por el miedo y que no sabía bien lo que estaba pensando. En esas condiciones, era capaz de cualquier cosa: incluso de matar o de matarse a sí misma. Me alegré de haber venido porque pensé que quizá, con mi presencia podría evitar algo terrible.

—¿Y por eso te has traído aquí el cuadro? —musité.

—No lo he traído yo, sino una mujer que ha obtenido permiso de la dirección del museo. Tiene mucho interés en mi trabajo. Parece que quiere ayudarme.

Sentí una cosa fría en la espina dorsal.

—Esa mujer, ¿es la que habló contigo esta mañana? ¿Se llama Rosanna?

—Pues… pues sí. ¿Por qué?

No contesté. La verdad era que aquí la raíz del misterio se me esfumaba nuevamente. Pero al fin y al cabo aquel cuadro tenía poca importancia, de modo que me encogí de hombros.

—No quiero que te obsesiones, Marta —dije—. No te conviene estar aquí, ¿sabes? Por eso te pido que salgamos a dar una vuelta.

—Antes quiero hacer una cosa. Estoy ya a punto de terminar.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Descubrir la cara de la bruja. De la mujer que me matará.

—¡Tonterías! —grité, exasperado—. ¡Nadie tiene por qué creer en esta estúpida leyenda! ¡Déjalo de una vez!

—No puedo.

—Marta, te lo ruego…

—Espera… Es sólo un momento. Deja al menos que salga de la duda.

Me resigné. Bueno, al fin y al cabo quizá era mejor así. Descubriría un rostro inexpresivo, un rostro que no había visto nunca. Y eso la ayudaría a despertar de su pesadilla.

Pasó un algodón empapado con líquido por la superficie de la tela. Lo hizo varias veces, con mucho cuidado. Poco a poco se fue perfilando una cara, una imagen borrosa.

Yo la miraba atentamente.

La cara era tan confusa que no me recordaba a nadie.

Pero Marta estaba muy nerviosa. Veía sus manos temblar, su ceño fruncirse. Dos veces resbaló el algodón de entre sus dedos. La cara se iba perfilando más y más.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Marta estaba cerca. Fue a abrir. La veía con todo el cuerpo arqueado, sometido a una terrible presión. Me daba cuenta de que sus nervios estaban a punto de estallar. Sus ojos expertos, ¿habían visto algo que yo no distinguía aún? ¿Sabía ya de quién era aquella cara?

Me acerqué más al lienzo. Miré con atención.

Y de pronto lancé un gemido.

¡No, no podía ser!

¡Resultaba imposible!

Marta había abierto ya la puerta, y el gemido que lanzó fue más fuerte que el mío. Fue más angustioso, más lacerante también. Mis ojos fueron velozmente del lienzo a la puerta y de la puerta al lienzo.

El rostro que vi en los dos sitios era el mismo.

¡El rostro de Rosanna!

CAPÍTULO XIII

Por unos momentos un pensamiento loco me atravesó el cerebro igual que una flecha envenenada. Lo de la maldición era cierto. Rosanna, quién sabía en virtud de qué combinación satánica, había vuelto a la ciudad saliendo del fondo de los siglos. Y ahora iba a matar a Marta.

Todo esto —lo reconozco—, dicho así, no liga demasiado. Las brujas no vuelven para vengarse desde el fondo de sus tumbas. Marta no corría ningún peligro. Eso era lo lógico, al menos, pero confieso que pensé todo lo contrario. La idea de la maldición, me dominó por completo. Y también debió dominar a Marta, que lanzó un débil gemido.

Su derecha buscó febrilmente algo. Tuve la sensación de que la guiaba su miedo, de que no se daba cuenta de lo que hacía. De una panoplia que estaba junto a la entrada, y que era una de las pocas cosas que no se llevaron, desprendió un largo puñal. La vi mover el brazo y tuve que lanzarme hacia ella para que no hiciese una locura.

Rodamos los dos por el suelo. Rosanna nos miraba con expresión atónita. Debo reconocer que no había hecho ningún gesto ofensivo; en realidad estaba tan asustada como Marta.

La obligué a soltar el cuchillo. Marta gemía espasmódicamente. Por un momento me pareció que había perdido la razón.

—¡Déjame! —barbotó—. ¡Deja que la mate! ¡Tengo, que matarla como a la otra! ¡Matarla como a la otra!…

Si en aquel momento me llega a pasar por encima del cuerpo él rodillo de una apisonadora, no quedo más aplastado. Sentí como si me hubieran pegado en la cabeza. Solté a Marta y la miré aterrorizado. Ella se había tendido en el suelo y ya no hacía nada por luchar. Estaba destrozada, era aún menos que una chiquilla. Sus hermosos cabellos le cubrían el rostro, mientras parecía arañar las

baldosas y los sollozos estremecían su pecho.

Confieso que me dio pena, una pena infinita. Los últimos sucesos habían turbado su razón, la habían convertido en una muchacha aterrorizada, gimiente, loca. Y entonces volví los ojos hacia Rosanna, que también la miraba, que parecía no comprender.

—¿Tú mataste a Herminia? —balbució.

—¿Es que la conocías?

—Sí. Era… mi amiga.

—¿Qué teníais que ver en esto? ¿Qué papel jugabais en esta extraña comedia?

—No es una comedia. Simplemente Arone nos daba órdenes. Herminia debía presentarse en esta casa a una determinada hora y mirar por unas cuantas ventanas. Yo debía conocer a Marta, hablar con ella y ganar un poco su confianza. Luego hacer que el caballete que hay en la habitación, y que antes estaba en el museo, llegase hasta aquí. Y presentarme una hora más tarde. Es lo que he hecho.

No era ningún delito, desde luego.

Por eso quizá mi voz resultó más suave al susurrar:

—¿Arone os pagaba por eso?

—Mucho. Era muy generoso.

—Y vosotras obedecisteis porque además era un trabajo fácil. Pero hay algo que quizá no sepas. Acércate.

Ella se aproximó al cuadro, y yo le señalé dos puntos de éste. Eran dos rostros que aparecían entre la costra de la pintura superior. Quedó petrificada.

—No… no puede ser —balbució.

—¿No sabíais que vuestros rostros estaban en este cuadro?

—No… Claro que no.

—Ahora lo entiendo todo —mascullé—. Ahora entiendo lo que me dijo Arone acerca de que debías morir como Herminia. Él contaba con eso. Él hizo pintar vuestras caras en un viejo cuadro de los que pertenecieron a Albert, sobreponiéndolas a las caras de otras dos mujeres, que en ese caso eran las auténticas. Luego un falsificador hizo el resto del trabajo: pintar además encima y ensuciarlo para que pareciese un cuadro muy antiguo. Sabía que iría a parar a las manos de Marta, y que ella estaba obsesionada por la maldición que parecía pesar sobre su familia. Leía continuamente ese maldito libro que también ves ahí. Y cuando os distinguiera lo

mismo a Herminia que a ti… loca de terror sólo pensaría en defenderse como fuera… ¡en matar si hacía falta! Arone se deshacía así de dos colaboradoras a las que no necesitaba más y no corría el peligro de que un día le delatasen. Y conseguía que Marta Verona fuese a un manicomio toda su vida, haciéndola incapaz de reclamar la herencia de su padre y convirtiéndola, en fin, en un pobre ser que ya no molestaría más, y a quien nadie haría caso si un día se ponía a recordar ante la policía a los antiguos «amigos» de su padre. Ése era el plan, y tú lo has ejecutado hasta el final, Rosanna. No sabías que venías hacia la muerte por orden de Arone. No sabías ni siquiera que él había muerto ya…

Mis palabras parecían haberla aturdido, pero las últimas la dejaron materialmente petrificada. Con un soplo de voz balbució:

—¿Dices… que Arone ha muerto?

—Sí.

—Entonces lo mataste tú… Tú eres el asesino que tenía que venir de América… El que se vengaría y lo recobraría todo…

—Lo siento, pero yo no soy ese asesino —dije—. No sirvo para tantas cosas. Y me temo que ese miembro de la Mafia norteamericana sólo exista en nuestra imaginación. No hay tal asesino. No ha venido nunca.

En aquel momento oí junto a la puerta una sola palabra. Una sola pregunta irónica:

—¿No?

Me volví hacia esa puerta, sin recordar que nadie se había ocupado de cerrarla.

No sé si palidecí mucho. No sé si mis rodillas temblaron. Sólo puedo decir que sentí un frío muy hondo, muy intenso, en mis venas. Y que comprendí en aquel instante terrible cosas que me hubiera gustado no tener que comprender jamás.

Entendí por qué me habían ayudado hasta el final.

Por qué me habían salvado la vida hasta que decidieron quitármela.

Porque mientras siguiese vivo, los hombres de Arone me creían a mí el hombre de la Mafia americana, y no se fijaban en la otra persona, que podía actuar libremente. Y porque al salvarme eran eliminados hombres de Arone, al fin y al cabo enemigos que tenían que morir. Ya que en la Mafia no hay perdón. Si existe la sospecha

de un engaño, culpables e inocentes pagan.

Entendí por qué habían tratado de eliminarme al final, en casa de Arone. Porque ya no hacía falta.

Entendí por qué había encontrado aquella dirección casualmente, aquella dirección que estaba oculta bajo la cadena del reloj de una señorita.

Y entendí por qué el asesino había venido de América.

Porque, en efecto, había venido de allí. Y porque estaba ante mis ojos. Y porque sólo tuve tiempo de gritar:

—¡Mónica! ¡Mónica Lindsay!

CAPÍTULO XIV

—Te dije que era una mujer ambiciosa —murmuró ella suavemente—. Te dije que estaba harta de mi vida actual y que pronto todo iba a cambiar. Debiste haberme adivinado entonces, Barton, pero tú confiabas en mí. ¡Siempre confiabas en mí! He sido una muchacha al parecer un poco casquivana, pero no demasiado peligrosa. Una cajera un poco alegre… Pero he ganado más dinero del que tú ganarás jamás. Y mucho más que el cerdo del director, al que he empleado porque me convenía tener una tapadera. Y más que el dueño del periódico. No sabes lo mucho que rinde el tráfico de drogas, Barton, aunque una sea una simple auxiliar. Pero ahora he realizado un trabajo importante. Llegaré a lo más alto dentro de la organización, llegaré adonde me plazca. La mitad de la suma que se recupere será para mí. Porque no dudes de que yo sabré encontrarla, hermanito…

Quise hablar, pero mis dientes sólo produjeron un chasquido.

De modo que el viaje a Italia no fue casualidad. De modo que ella «se cubrió», convenciendo al director que había que hacer aquellos reportajes y viniendo así como una chica ingenua, en la que los pistoleros de Arone no se fijarían… Limpieza total… Limpieza total y con poco riesgo, porque el riesgo lo había corrido yo. Tenía razón aquella muñeca. Llegaría a lo más alto.

—Mónica —balbucí—, aún estás a tiempo de rectificar. Aún puedes…

—¿Poder? ¿Poder qué? Ahora puedo registrar en casa de Arone todo lo que me convenga, sin prisas, hasta encontrar el dinero. Y vosotros no hacéis más que estorbar. Los tres… ¡empezando por *ésa*!

Lancé un grito gutural al oír el breve taponazo. La cabeza de Rosanna saltó hacia atrás, como si alguien la hubiera empujado bruscamente. Mis dientes entrechocaron con un crujido salvaje al

ver el orificio rojo entre sus dos cejas. Y mis dedos se engarfiaron en el aire al notar que ahora Mónica apuntaba a la indefensa Marta.

—Adiós, muñeca —murmuró.

—Mónica… Dispara contra mí. Ella no ha hecho nada… ¡Si acabas conmigo ya es suficiente, Mónica!

Hablaba sinceramente. Juro que en este momento no me importaba morir y que sólo pretendía salvar a Marta. Salvarla como fuese… Pero comprendí que era inútil al ver aquella sonrisa helada, sardónica, en los labios de Mónica Lindsay.

—Muy bien —dijo—. Te mataré a ti antes…

Eso significaba que la exterminaría a ella después, pero yo no podía hacer ya más. No podía moverme. El negro cañón de la pistola me apuntaba a la cabeza a menos de tres pasos de distancia. Cualquier gesto de defensa era inútil, era absurdo. Sólo me quedaba morir con dignidad.

—Lo que más siento, Mónica —dije burlonamente—, es haberte besado sólo una vez y haberlo hecho con tanto respeto. Y ahora… ¡tira!

Ella balbució:

—Sí, amor.

Fue a apretar el gatillo. Y fue en ese momento cuando la voz resonó junto a la puerta.

—¡Alto! ¡Tire esa arma! ¡Alto!

Los dientes de Mónica rechinaron. No contaba con aquello. Giró sobre sus altos tacones y disparó contra la oscuridad que tenía a su espalda, en la antes solitaria calle. El silenciador no produjo más que un leve «pam», pero enseguida se oyó un gemido. Alguien gritó:

—¡Es inútil! ¡Fuego!

Dos pistolas ladraron a la vez. Mónica se estremeció, alcanzada. Giró sobre sí misma, volvió la cabeza hacia mí y yo tuve que cerrar los ojos al ver su cara cubierta de sangre.

Otro disparo. Mónica lanzó un ronco estertor, mientras se derrumbaba. Su boca se abrió en un espasmo agónico.

Tres hombres, uno de ellos sujetándose el costado herido, entraron precipitadamente. Tenían esa facha inconfundible de todos los policías del mundo. El más viejo, cuya pistola humeaba aún, miró el hermoso cadáver que yacía a sus pies.

—Lo siento —balbució—. No me ha quedado otro remedio.

Luego clavó sus ojos en nosotros dos, es decir en Marta y en mí. Yo farfullé, asombrado:

—¿Cómo… han podido llegar a tiempo?

—Porque en líneas generales estábamos enterados de lo que sucedía. No hemos podido ligar todos los cabos, aunque sí los esenciales. ¿No le extrañó que nadie descubriera el cuerpo que arrojaron al Arno?

Me mordí el labio inferior. Claro, tenían que acusarme de asesinato por fuerza. Me había metido en el lío hasta las narices. Hasta las mismísimas narices…:

El tipo de más edad seguía mirándome fijamente. Y barbotó:

—Una pájara de cuidado, la tal Herminia Ascalone.

Igual que ésta, Rosanna. Las dos acreditadas enlaces de la Mafia en el norte de Italia. Pero cuando descubrimos el cadáver de la mujer no dijimos nada, para dar cuerda a los que hubieran sido. Y así hemos ido siguiendo rastros… hasta llegar aquí. No dudamos de que Marta Verona podrá justificar sus actos.

Caminé pesadamente hacia ella. Mis piernas parecían de plomo, pero al mismo tiempo me sentía dominado por una maravillosa ligereza interior. La ayudé a ponerse en pie.

—Claro que podrá —dije—. Y estoy seguro de que con mi declaración quedará libre de toda culpa.

—Desde luego, usted tiene que acompañamos también.

—Lo comprendo.

—Tendrá muchas cosas que explicar, ¿no?

—De… demasiadas.

Y farfullé:

—Oiga, seguro que ya no puedo volver a mi país. ¿No encontraría un empleo aquí?

—Espero que la cosa no sea tan grave, amigo. Por lo que sé del caso, esto va a ser ahora una simple cuestión de rutina. Acompáñenos.

—Desde luego. ¿Puedo ir con Marta?

—Claro, por supuesto.

Estreché el brazo de la muchacha, mientras musitaba:

—Oiga, inspector. O comisario. O lo que usted sea.

—Sólo inspector. Diga.

—En unos muebles de una casa donde yo le guiaré… tiene que

haber oculta una fortuna en diamantes.

—¿De veras?

—¿No me cree?

—No.

Apreté los labios.

—¡Yo sé lo demostraré! ¡Es importante! Eso acreditará que hemos obrado de buena fe.

El inspector rió.

—La buena fe está acreditada, amigo. ¿Sabe por qué no los ha hallado nadie?

—No… ¿Por… por qué?

—Pues porque la propia Marta Verona los descubrió hace tiempo, en el doble fondo de un cajón, e imaginó de dónde procedían. Los devolvió a la policía con la condición de que nada se supiera jamás, para no ensuciar así la memoria de su padre… ¿Comprendido?

Yo estaba atónito, pero esta vez era de alegría. Me sentía liberado, como si hubiese vuelto a nacer y lo viera todo con la primera luz inocente del mundo. ¡Ni siquiera me importaba haber perdido mi empleo! Miré los ojos de Marta mientras caminábamos hacia la puerta. Unos ojos de los que por fin había desaparecido la huella del miedo. Los ojos de una mujer que ansia vivir.

Y eran tan bonitos que mientras subíamos al coche de la policía por fuerza hube de susurrarle al oído:

—Bruja…

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)
Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

NOTAS

[1] Plan norteamericano de ayuda económica a Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Para Italia representó miles de millones de dólares. (N. del A.). < <